



Del lamento al olvido

GUSTAVO GUERRERO

Ilustraciones:
Manuel Arturo
Castrejón Rodríguez

Certamen
Internacional
de Literatura
Infantil y Juvenil
FOEM 2022
GANADOR

Del **lamento**
al **olvido**



Gustavo Guerrero obtuvo el premio único de Novela Juvenil en el Certamen Internacional de Literatura Infantil y Juvenil FOEM 2022, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y Turismo y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal. El jurado estuvo integrado por Clara Stern Rodríguez, Javier Ledesma y Lobsang Castañeda.

Del lamento al olvido

GUSTAVO GUERRERO

Ilustraciones: Manuel Arturo Castrejón Rodríguez

COLECCIÓN LECTORES NIÑOS Y JÓVENES
Literatura juvenil

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Marcela González Salas y Petricioli
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Marcela González Salas y Petricioli, Rodrigo Jarque Lira,
Gerardo Monroy Serrano, Margarita Neyra González

Secretario Ejecutivo

Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

Del lamento al olvido

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2023

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca de Lerdo, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

© Gustavo Abel Guerrero Rodríguez, por el texto
© Manuel Arturo Castrejón Rodríguez, por las ilustraciones

ISBN digital: 978-607-490-482-6

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/09/17/23

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de las autorías.

Hecho en México / *Made in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A João Pedro, Santiago y Renato, mis hijos





Advertencia precisa al lector

Es menester tener presente que esta obrita se escribió originalmente en el año de mil novecientos cincuenta y dos, cuando nuestro protagonista decidió hacer públicas sus andanzas antes de convertirse en el hijo pródigo de Los Lamentos, pero una vez que pasó a dormir el sueño de los justos, como decimos en El Olvido, fueron agregados algunos episodios, dictados no por mecenas ni oidores ni frailes ni canónigos, sino por poquitos ascendientes y algunos descendientes que desempolvaron los huesos de los difuntos lamentoenses y preconizaron las virtudes del héroe Pachoncho para que el lector, que no las conoce, si así quiere o puede, las imite si es su legítimo deseo. También advertimos, para ilustración de quien esto leyere, que en estas páginas también hay viciosos, tontos y majaderos, por lo que ahí recomendamos discreción, especialmente al público juvenil de un poquito más de quince años, cuyos ojos sean castos, necesarios para comprender que es posible dejar un mundo mejor que como lo encontramos, pero de mirada crítica, para valorar en su justa dimensión la historia verídica de Pachoncho, y evitar así una vida descarriada, particularmente porque la mocedad suele toparse con pared cuando no sabe ser dirigida o es despreciada por su inexperiencia. Se los encargo mucho.



Los Lamentos, 1

Serían las siete de la tarde cuando el sol dio visos de querer acostarse detrás de la sierra chihuahuense, como habitualmente lo hace cuando está satisfecho de acalorar todo el día a cualquier ser vivo y, en cuanto a los humanos se refiere, exprimirles los jugos que llamamos sudores y que, en algunos casos, podrían levantar a un muerto, así que sin más se fue ocultando poco a poco hasta que la noche estrellada hizo su aparición, junto con la luna redonda y blanca. Todo estaba listo para que tanto la humanidad como la fauna diurna se dedicaran a estirar los pellejos y entregarse al bendito sueño reparador. Pero los habitantes de Los Lamentos no tendrían ocasión de rendirse a los encantos de Morfeo, el mandamás del mundo onírico, porque un evento inusitado se produjo en un jacal que llamó la atención de los pocos pobladores de este pueblo de uno de los nortes de México.

Por lo que toca a El Chaparral, Texas, la situación era más o menos la misma. El día también había sido caluroso, pero de aquel lado las gentes no le sufren tanto porque existen unos aparatos que echan aire frío dentro de los edificios y además los gringos no le camellan tanto como nuestros amigos de Los Lamentos para echarle peso a su barriga, no así los paisanos que, siguiendo el sueño americano, cruzaron la frontera en busca de mejor fortuna. Éste es el caso del protagonista de nuestra historia, cuyo nombre católico es Francisco Concepción, según revela su fe de bautismo rubricada por el padre Melo, aunque como se puede ver, Dios propone pero el hombre dispone,



así que poco le duró el gusto al buen Francisco Concepción, pues los paisas pronto le encontraron mejor acomodo al vocativo, llamándolo Pachoncho a partir de los tres años.

Pachoncho había dejado el suelo patrio de Los Lamentos a los catorce años y once meses de edad. Sería más económico decir que se fue para Estados Unidos una vez terminada la secundaria, para no turbar al lector con cuentas matemáticas, pero en Los Lamentos sólo hay una escuela, y es primaria. Además, Pachoncho nunca fue bueno para la estudiada, pues a duras penas terminó el tercer grado y eso porque la profesora Malu tuvo la caridad de pasarlo. No le echemos, sin embargo, una culpa inmerecida por no ser trucho en los terrenos de la educación, pues, por lo regular, los chamacos de Los Lamentos no nacieron para doctores, sino para la camellada y, además, la profesora Malu daba clases a diestra y siniestra a todos los grados en el único salón de la escuela, pues no había para más. Así que es comprensible que se hiciera bolas y además le dedicara más tiempo a los párvulos que estaban en edad de comenzar a aprender a leer y a escribir, por lo que Pachoncho se aburría de lo lindo en las clases.

Una vez terminado el tercer grado, decidió que no volvería a sentarse detrás de un pupitre, forzado un tanto por su pereza congénita y por la necesidad de mantener funcionando las tripas tanto de él como de su mamá, doña Cuquita, que desde hacía un año había dejado de recibir los billetes verdes, llamados dólares, que religiosamente le mandaba su consorte, don Pancho. El papá de Pachoncho se había echado a las espaldas la mochila hacía tres años, movido por el hecho de no tener ya nada que hacer, pues un mal día sus dos vacas habían amanecido tendidas sin ninguna señal de que siguieran dispuestas a ofrecerles a sus amos su bendita leche.



Como a todos los del pueblo, a don Pancho le habían hablado melifluamente de las bondades del suelo gringo y de la gran vida que se podría pegar allá si le camellaba duro y tupido. Los voceros del sueño americano eran paisanos que regresaban a Chihuahua a pasar las fiestas con sus respectivas familias, pero que hacían una escala técnica en Los Lamentos para comprar el famoso queso de don Pancho, que era más delicioso que el de Parral. Llegaban con un tambache de cosas que sólo se pueden comprar del otro lado y que harían las delicias de las consortes y de los chamacos que aguardaban en los jacales mexicanos.

—Oiga, paisa, ¿y eso qué's? —preguntó don Pancho cuando vio que se asomaba una caja metálica del zurrón que el mojado había dejado en el suelo para recoger unas cuantas bolas de queso.

El paisano le contestó que era una tostadora eléctrica para tostar, justamente. Don Pancho preguntó que para tostar qué y el buen hombre, que no pudo disimular una sonrisa por la burricie de su compatriota, le dijo que pues para tostar pan, del llamado de caja. Justo es decir que no podemos reírnos de la ignorancia de don Pancho porque no hacía mucho que Otto Frederick Rohwedder, originario de Davenport, Iowa, había diseñado la rebanadora de pan. En todo caso, a don Pancho le resultó un traste inservible porque en el supuesto de que se hiciera de una tostadora, no tenía pan que tostar. A lo más que llegaba era a tortillas y a gordas. Sin embargo, quedó deslumbrado con las maravillas de la tecnología gringa, pues el paisa le mostró, con cierto aire de superioridad, lo que podía encontrarse en los mols de los Yunaites, como cajas de madera, de donde salían voces, que se llamaban reidio.

—Debería jalarse pa'llá, compa —le dijo el cliente a don Pancho—. Aquí nomás hay piedras y polvo, arena y huizache. Yo sé lo que le digo.



Pero don Pancho era tan necio como una mula que ya no quiere camellar si no le dan antes de comer, de tal suerte que nomás decía que sí, pero no decía cuándo. Movía la cabeza en señal de que sí lo iba a hacer, pero a la mera hora se rajaba como canela en el atole. Decía para sí mismo que bien que mal no le faltaban el pipirín ni a él ni a su familia, y con eso le bastaba. Las vacas le daban buena y harta leche y hasta se podía dar el lujo de ayudar a otros vecinos en las milpas de cebolla y chile para arrejuntarse otros centavos. No era rico, pero en Los Lamentos podía decirse que era millonario si podía mover el bigote más de una vez al día.

Pero, como ya dijimos hace poquito, las vacas de don Pachoncho pasaron a mejor vida —por no encontrar otro eufemismo más piadoso— y el padre de Pachoncho, después de rascarse bastante la de pensar, se encontró con una solución, la única a su modo de ver las cosas: jalarse para Estados Unidos. Doña Cuquita, que era buena para hacer gordas pero mala para imponer su ley a su consorte, tenía miedo de que algo le pasara al padre de su chilpayate, que como buen chamaco en crecimiento pedía el sagrado pipirín más de una vez al día, así que se amparó en el único recurso disponible, la lloradera. Le dijo con sendas lágrimas en los ojos que lo pensara mejor, pues si bien es cierto que a muchos paisanos se les despeja el nubarrón en los Yunaites, a otros no les iba tan bien, recuérdese a Jeremías, el sobrino del padre Melo, que regresó más flaco que Quiereltaco, el perro de la plaza principal de Los Lamentos. O, para terminar de zanjar la discusión, piénsese en Tiburcio, el hermano del compadre Pitacio, que de plano no regresó. Pero don Pancho hizo oídos de tapia y le dijo a su mujer que no había de otra sopa.

Quiso sin embargo el ángel de la guarda de doña Cuquita aromatizar un poco la buenaventura, pues en la víspera de la partida al suelo gringo se apareció en Los Lamentos un oriental que dijo llamarse 华文细黑, pero



en vista de que nuestros pobladores arañaban a duras penas los rudimentos lingüísticos del español chihuahuense, lo llamaron a partir de entonces el chino Ching. Bueno, pues resulta que el chino Ching en realidad era mexicano, aunque no así sus ancestros, ya que su abuelo —él sí chino de nacimiento— fue traído a México para construir el ferrocarril y explotar las minas, primero en Baja California y luego en Sinaloa, donde casó con una mujer igualmente perteneciente a la raza asiática para concebir al papá Ching, que a su vez encontró a otra oriental que dio a luz en Culiacán, veinte años atrás, al recién llegado chino Ching que todavía no se casaba, por cierto, ya que primero quería hacer fortuna.

El chino Ching, a pesar de que hablaba un español decoroso, tenía ese defecto congénito propio de su raza que alelaba las erres, de tal suerte que provocaba la risa de los pobladores de Los Lamentos, a pesar de lo solemne de su discurso. Se instaló a media plaza, donde asoleaba su barriga Quiereltaco, al que espantó con un shu, desplegó una mesita de madera y colocó un letrero que decía: “Se solicitan trabajadores que quieran fortuna”. De inmediato, a su tendadero llegaron paisanos, movidos tanto por hambre como por curiosidad, pues no era común que Los Lamentos tuviera la gracia de ser un motor de producción comercial ni una fuente turística de ingresos.

Doña Cuquita, que venía de misa del padre Melo, vio a una muchedumbre amoscada en el centro de la plaza y se dio licencia para apersonarse y ver qué jaleo había allí, donde los paisanos habían hecho una rueda humana que impedía ver la identidad del recién desempacado de Culiacán. La doña se fue haciendo canchita para acercarse lo más posible y escuchar el discurso profético del chino Ching, que tenía en la palma de su mano derecha unas semillas que, dijo, eran de amapola. Dijo asimismo que tenía el conocimiento para



cultivarlas y transformar su flor en opio. Como los paisanos no sabían lo que era el opio, explicó que era un extracto para combatir el asma, la tos nerviosa y el insomnio, así como para tratar los dolores reumáticos, pero su uso estaba más generalizado con fines recreativos. Doña Cuquita y los paisanos, sin embargo, tampoco entendieron lo que significaba recreativo, así que el chino Ching dijo que finalmente eso no importaba. Lo que valía la pena es que había mucha gente, sobre todo gringos, que fumaban el opio y lo querían en titipuchales.

Los pobladores de Los Lamentos, que poco o nada sabían de la industria, dudaron de los dichos del chino Ching, no tanto por la veracidad de su contenido, sino porque les parecía demasiado bueno para ser cierto. Algún aventado dijo que si era tan bueno y podía producir tanta riqueza, por qué hasta ahora se había dado cuenta. El chino Ching, que si algo tenía era paciencia digna de su raza, dijo que las semillas eran originarias de su tierra, muchísimas leguas más allá del mar, y que su abuelo las había traído a México. Doña Cuquita se quedó pensando en la palabra *mar*. Tenía la impresión de haber ya escuchado esa expresión, aunque no podía dibujar en su cabeza una imagen que le resultara convincente. El oriental preguntó entonces que si sabían quién era Plutarco Elías Calles, y como la mayoría respondió que sí, que era el presidente de México, dijo que el sonoreense estaba tan de acuerdo que había expedido un decreto que fijaba las bases sobre las cuales se permitiría sembrar la amapola, o dormidera, como también la llamaban, y exportar el opio a los consumidores gringos, que la pagaban muy bien.

Dicho esto, córrele que corre doña Cuquita se jaló a su jacal, donde encontró a su cónyuge recortando unas sábanas viejas para hacerse otro par de calzones y le contó todo lo que había escuchado en la plaza principal, ya que al parecer podía encontrar otro modo digno de



ganarse el sustento sin tener que dejar a la prole abandonada. Don Pancho no tenía mucha sesera, válgase tal expresión, pero por lo menos el sentido común le decía que nada productivo podría sacarse de la venta de una flor, así que, desoyendo los ruegos de su mujer, terminó por pasar aguja a la tela maltrecha recortada y empaquetó dos calzones más al itacate de su guardarropa.

Al día siguiente, cuando los gallos todavía no pasaban lista al astro rey, don Pancho agarró sus chivas y emprendió el camino a Ciudad Juárez, que, le habían dicho, estaba abajito de El Paso, Texas, las calles eran de oro y se recogían dólares con pala.

Eso había sido, como ya habíamos dicho, hace algunos ayeres. Una vez que llegó a Juárez, don Pancho se coló de rondón frente a la garita mexicana y de allí a la gringa. La familia no supo cómo fue que logró brincar el río, porque en los telegramas que mandaba a su familia decía poca cosa, dado que le cobraban por cada letra, y no estaba sinceramente el horno para bollos. Doña Cuquita no sabía leer y don Pancho no sabía escribir, pero no faltan almas caritativas que ayudan en el infortunio, así que al inmigrante le asistía un michoacano al que le sobraba labia y escribía por él y a doña Cuquita le ayudaba su hijo Pachoncho, que por lo menos había aprendido a leer y a escribir en sus años con la profesora Malu. El primer telegrama que leyó Pachoncho decía: “Ya en usa”, el segundo decía: “Ya camellando” y el tercero decía: “Pronto dólares”. Lo que siguió a continuación fueron giros telegráficos de siete o diez dólares mensuales. Doña Cuquita no sabía si eso era bueno o malo, porque ignoraba lo que eran los dólares, pero don Benigno, el encargado del telégrafo, le dijo que era muy bueno, porque cada billete gringo valía el doble que el peso mexicano y que justamente en su establecimiento le podía cambiar los cueros de rana por pesitos contantes y sonantes.



Así se la llevaron doña Cuquita y Pachoncho un tiempito hasta que un mal día dejaron de llegar los giros telegráficos del patriarca. Cuando se presentó el retraso, don Benigno dijo a doña Cuquita que a veces así eran las cosas, que las dilaciones eran normales cuando había problemas técnicos con las empresas encargadas de enviar los panchólares a suelo tarahumara —que es donde estaba ubicado Los Lamentos—, pero que no había nada de qué preocuparse. Al mes siguiente pasó lo mismo, a lo cual don Benigno dijo que las empresas gringas estaban teniendo más berenjenales y había escuchado por ahí que algunos paisanos estaban enviando con amigos y familiares las sagradas remesas.

El caso era que don Pachoncho no tenía familiares allende la frontera y al parecer ningún amigo que le hiciera la caridad de desviarse de su camino para entregar los dolarucos a doña Cuquita en Los Lamentos antes de hacer lo propio con los suyos. La mujer comenzó entonces a temer lo peor, que su marido había pasado a dormir el sueño de los justos. Estaba a punto de salir de su jacal para ir de nuevo al telégrafo de don Benigno cuando se le apareció en el umbral de la puerta de su casa un forastero que preguntó por don Pancho. Doña Cuquita le respondió que no estaba.

—¿Tardará mucho, oiga? —preguntó el paisano.

—No, pos vaya a saber. Se jue pa'l otro lado, con los gringos.

El compa peló los ojos como si de repente le dijeran que no se llamaba Chano sino Chon, porque, según dijo después, venía justamente de Estados Unidos, y justamente de El Chaparral, Texas, donde según se había avocindado don Pancho, a decir de Pachoncho, que en los telegramas leía ese lugar como procedencia.

—¿Ta segura que se fue mero pa'llá? No lo he visto, y eso que no es un condado muy grande.



Doña Cuquita se encogió de hombros como respuesta. El repatriado temporal hizo lo propio, porque si había llegado hasta Los Lamentos, desviándose de su periplo hacia Ciudad Cuauhtémoc, fue por las bolas de queso de don Pancho, esto es, para evitar malas interpretaciones, por su producto lácteo, que era ya medio famosillo por esos lares. Una vez que el paisa se regresó por donde había venido, doña Cuquita se volvió para ponerle tranca a su puerta. Estaba en esa faena cuando se le ocurrió que quizá el paisa sabía sobre los problemas técnicos que estaban sufriendo las compañías gringas de envíos de dinero, así que se echó a correr como si la persiguiera un coyote y pronto le dio alcance al paisano que estaba a punto de entrar a la cantina de Tobías.

—No, pos que yo sepa no, señito —le respondió el compa, a quien ya le urgía remojarse el cogote—. Yo mando mis dolaritos por giro. Si me retaché fue para ver a los míos y llevarles algo de ropita y unos tiliches que compré en los mols de por allá.

Dicho lo anterior, se metió a la cantina a empujarse una cerveza, que buena falta le hacía, pues a esa hora del día el sol estaba tan brioso que hasta los huizaches querían esconderse bajo los médanos.

Doña Cuquita, no sabiendo qué hacer, fue con la única persona que podía, si no responder a sus preguntas, por lo menos darle algún norte, así que se echó a andar por las calles polvorientas de Los Lamentos y, cuadras más adelante, encontró a don Benigno, que ya estaba cerrando la oficina de telégrafos. Le contó todo lo que había sucedido minutos antes con el mojado y don Benigno no supo sino quitarse el sombrero para rascarse la de pensar.

—¡Qué le puedo decir, Cuquita!... A lo mejor don Pancho ya encontró mujer.



El Chaparral, 1

Pachoncho estaba tendido cuan largo era en su camastro disfrutando ese sueño reparador que necesitamos tarde que temprano, cuando sonaron las campanillas de un artefacto que, en suelo gringo, llaman *alarm clock* y de este lado del río, los que tenemos recursos, llamamos *despertador*. Nuestro buen amigo era bueno para la mimi, puede decirse que era un campeón nacional, así que necesitaba de una zanahoria para arrojar fuera del petate sagrado el pellejo con todo y huesos a fin de darle duro al camello —aunque habrá que decir al lector que a últimas fechas pasaba malas noches—. En Los Lamentos no necesitaba de ese trasto que los gringos inventaron para pelar los oclayos porque el gallo de doña Cuquita, que vivía enfrente de su jacal, se despertaba más temprano que el sol y pelaba chicos kikiriquíes que bien podían despertar hasta al perro Quiereltaco, que había agarrado como cantón los portales que están delante de la plaza principal del pueblo.

Pero allá en Estados Unidos la cosa era distinta. Los únicos gallos que podían verse en El Chaparral, que está pegadito a El Paso, Texas, estaban ora en los letreros, ora en los volantes de las pollerías. Pero bueno, volvamos a donde dejamos a Pachoncho, que era en su petate de resortes metálicos que rechinaban de lo lindo porque nuestro protagonista había subido algunos kilos —que llaman libras y que valen más que nuestra medida de peso, como todo lo de allá— porque parece ser que la comida gringa es más engordadora. Nada como un buen atolito de maíz y un par de gordas con frijoles para empezar el día,



pensaba Pachoncho, y hasta la baba se le escurría de sólo pensarlo. Pero en El Chaparral no hay ni siquiera metates para moler el maíz. Hay maíz, eso es cierto, pero los gringos lo utilizan para darle de comer a los marranos y a otras bestias caseras en las *farms*.

Como no tenía nada de comer en su *floor*, Pachoncho salió con la panza de farol, como decimos por acá, y se lanzó por las calles que allá están cubiertas de un suelo parejo y artificial que hace que las carretas con suelas de hule, que llaman automotores, anden parejas. Al chamaco le había llamado poderosamente la atención a su llegada que hubiera tanto carretón que corría sin mulas; sin duda eso era tecnología que seguro nadie de Los Lamentos creería. El caso es que nuestro paisa, después de algunas mails de caminata, llegó a un vecindario bien cuco. Hasta la casa marcada con el número 25 de una calle llamada *estrit* detuvo su paso redoblado y se pasó por el jardín frontal para hacer sonar una campanilla delante de una puerta de madera pintada de rojo. Al poco salió una gringa como de unos cincuenta o sesenta años: en realidad es imposible definir porque la mirs siempre andaba toda emperifollada y la pintarrajeada en su rostro impedía contar el número de arrugas como para hacer un diagnóstico más preciso.

El caso es que la señora, que se llamaba Melody, abrió la puerta y soltó un *oh, jelou mai frend Panchou* —nunca supo la doña pronunciar Francisco ni mucho menos Pachoncho—. El inmigrante dominaba ya algo el idioma de Shakespeare, pero solía trabársele la lengua de vez en siempre. La señora Melody, que ya le había agarrado cariño al joven mexicano y además sabía entenderse más o menos en la lengua de Cervantes, le habló en su lengua nativa para hacerlo sentirse menos incómodo.

—¿Todou bien, Panchou?



Pachoncho asintió, aunque por dentro el corazón estaba un poco más que apachurrado por una situación onírica que contaremos después al lector. Le gustaba trabajar con la señora Melody por dos razones: porque le hablaba en español y porque era su única patrona. Pero para no faltar a la verdad habrá que decir que nuestro compatriota hacía de vez en cuando chambitas por aquí y por allá. Recogía la basura de los Smith, vecinos de la señora Melody; cortaba el zacate de los Rogers, también vecinos de la señora Melody, y realizaba uno que otro camello de pintura a los alrededores. Antes de ello había tenido un encargo como lavaplatos en un restaurante italiano, pero el dueño, un señor llamado Paolo Almagri, terminó por echarlo con cajas destempladas porque lo encontró seduciendo a su hija Madonna en el traspatio, mientras dizque ocupaba su hora libre para comer. El patrón había salido a tirar la basura y se encontró a Pachoncho en una situación muy comprometedor con la chamacona italoamericana.

—Ma che cazata stai facendo, Madonna? —ladró el siñore Paolo Almagri—. *Battona, battona* —decía.

A ella no la bajó de dama de pedido, en tanto que a Pachoncho no lo bajó, pero de las escaleras de servicio, ya que el joven, luego luego que sintió el peligro, brincó como gato y se pescó de una parte de la estructura metálica de las escaleras que tienen los edificios gringos por fuera, aunque por dentro ya tuvieran. Luego de pepenarse como sanguijuela a doliente, Pachoncho logró treparse al rellano a duras penas y se fue para los cielos, sube que sube como alma que lleva el diablo.

El pobre siñore Paolo Almagri se quedó con las ganas de coger por el pescuezo al irrespetuoso empleado y sacarle los oclayos de sus cuencas, pero, por lo menos, mientras Pachoncho brincaba escalones en busca del tejado, el restaurantero italiano le soltó un rosario de groserías que, por decencia y por si tenemos aquí a un lector de ojos castos, no



reproducimos. Sólo conténtese el que lee los lamentos y gozos de Pachoncho que, para consuelo del italiano, el joven mexicano sí llegó a escuchar el tambache de leperadas, aunque no las entendiera.

Nuevamente, apelamos a la verdad en este caso para no desacreditar la buena fama que gozaba hasta ahora Pachoncho, de Los Lamentos, Chihuahua. Madonna era una muchacha que, podría decirse, ya podía quedarse a vestir santos, pues había alcanzado la edad que ningún soltero cuerdo y bien avenido lo tomaría como virtud a la hora de escoger esposa. Treinta y tantos años diremos que tenía la huerca italoamericana y diremos también que su única cualidad era que tenía unos ojos verdes color dólar, ya que el restaurante de su padre producía una muy buena y respetable hacienda.

Para no estropear más la reputación de la joven Madonna, sólo agregaremos que si tenía un cuerpo sinuoso como los caminos que llevan a Los Lamentos, bien lo escondía en vestidos presbiterianos que ocultaban bien cualquier atisbo de redondez. En todo caso, lo que importa para este relato no es tanto su constitución física como su personalidad, severamente agujoneada por los dardos del dios Cupido, empeñado en que la joven pudiera dar salida al fuego de su natural y mal cuidada apetencia sexual.

Pachoncho estaba al corriente de esos calores femeninos tanto como una hormiga lo está de la existencia de la Vía Láctea, por lo que cuando la muchacha lo buscaba en sus descansos creía que nomás era para aventarle pura saliva. Madonna se defendía en español como un buey lo hace ante del yugo, pero había aprendido una que otra cosa, por lo menos la frase “mucho bueno”, que siempre se la disparaba al joven Pachoncho que se ponía de mil colores por no saber exactamente a qué se refería.



Parece que la joven tampoco quería aventarse con todo al ruedo sin capote, porque cuando Pachoncho se quedaba mudo como la hache, sacaba de entre sus cosas un par de sángxüiches de queso con tomate. “Mira, mucho bueno, Pachoncho”, y el mexicano se jambaba de lo lindo. Pero tampoco perdía la ocasión de, mientras lo veía comer, acariciarle los brazos y decirle “mucho fuerte, ¿hein?”.

Justamente el infortunado día en que al señor Paolo Almagri se le ocurrió sacar él mismo la basura al traspatio, Madonna había resuelto quemar todas sus naves y lanzarse a lo grande. Como de costumbre —porque ya se le había hecho hábito acompañar al camelleador mexicano en su sacrosanto refrigerio—, siguió al joven al traspatio y comenzó a hacerle la plática. Bueno, a soltarle los españolajos consabidos y una que otra frase en italiano que hicieron que Pachoncho se rascara la de pensar.

Entonces, mientras Pachoncho se daba vuelo con el queso envuelto en dos pedazos de pan retazado, Madonna se llevó las manos a los pechos y preguntó *yu laikit?* Nuestro joven amigo no supo qué decir, no tanto por cortesía como por no saber lo que significaba la expresión. Pero algo relacionado con los senos debió imaginarse, porque la joven se los apachurró para que sus redondeces se asomaran por debajo del vestido presbiteriano. Se trataba de unos pechos dignos de baba, pues, aunque no eran extremadamente gigantes, sí tenían un volumen de aplauso y además parecían bien puestos en su lugar, sin que la gravedad los afectara.

Como nuestro protagonista tragó pinole, Madonna se le acercó, tomó su mano y la llevó a una de sus criaturas, cuyo pezón ya estaba en posición de firmes. Pachoncho quiso encoger sus dedos por recato natural y por su timidez congénita, pero como todo fue tan rápido, de pronto sus cinco apéndices articulados estaban reposando en esa



mama mullida y tibia, que hizo que Pachoncho pelara ojitos como bo-rrego a medio morir. Pero algo más sucedió: de pronto sintió que sus partes nobles ya no cabían en el calzón y amenazaban con salirse a buscar a quien le diera batería. En eso llegó el *siñore* Paolo Almagri y ya conocemos el resto de la historia.

Así acabó la carrera de Pachoncho como restaurantero. Una vez que se sintió a salvo, achicó el paso redoblado y se sentó en la banqueta para calmar su corazón, que parecía salirse del pecho por tantos rebotes que venía dando en la carrera que se mandó. Cuando ya estuvo quieto el órgano, de nuevo en el curso habitual de sus latidos, Pachoncho se puso en posición de firmes para seguirle dando —no fuera a ser que el *siñore* Almagri no se hubiera conformado con la sarta de leperadas escupidas en el momento de furor—, y entonces notó que del otro lado venía caminando una mujer de venerable edad con sendas bolsas de víveres en los brazos que amenazaban con desplegarse como los rayos solares en las humanidades de los pobladores de El Chaparral. Acomedido, como lo había educado su madre, doña Cuquita, Pachoncho olvidó por unos instantes su tragedia personal y se le plantó a la venerable para ofrecerle muleta.

—Oh, muchos gracias, *amigou* —dijo la señora en un español champurrado, pero razonablemente entendible.

Dijo llamarse Melody y que vivía a pocas calles de distancia, así que si no tenía nada mejor que hacer, bien podía ayudarle en la penosa tarea de andar cargando tanta chuchería cuando los huesos ya no están para esos trotes. Durante el camino preguntó a Pachoncho qué motivo lo había traído a Estados Unidos, ya que luego luego se veía el aire de *mecsicanou* brotarle por los poros broncíneos. El joven dijo que nada en especial, pero, como sabremos en su momento, se trataba de una mentira.



Cuando llegaron a la casa donde vivía la *ma'am*, Pachoncho dejó el itacate en el piso y se despidió. La señora Melody se sintió conmovida por el gesto del joven y lo detuvo. Sacó de su monedero un dólar y se lo dio al muchacho, que puso una cara de gusto que hasta daba ídem. Sin embargo, rechazó la propina porque la había ayudado de oquis. Este acto hizo caer en la cuenta a la *ma'am* que debía contratarlo como su asistente personal a partir de ese momento. Insistió en pagar por los servicios del mexicano y a final de cuentas nuestro protagonista se echó el dólar al bolsillo, que bien mirado le hacía mucha falta porque no alcanzó a recibir su raya con el *siñore* Almagri ni mucho menos su justa indemnización por los servicios prestados por tres meses.

Fue así que se convirtió en el canchanchán de cabecera de la señora Melody, que era viuda y no tenía a nadie en el mundo, salvo Robert, su único hijo que vivía en El Paso y la frecuentaba tanto como el perro lamentoense Quiereltaco el baño. Como ya habíamos consignado, Pachoncho realizaba otros servicios esporádicos a los alrededores del vecindario donde vivía la *ma'am* Melody, pero sus baterías estaban concentradas en darle camello principalmente a ella.

Cuando esa mañana la doña —perdón, la *ma'am*— Melody le preguntó “¿todo bien, Panchou?” y él asintió, en realidad nuestro compatriota tenía un chico nudo en la garganta. No era por el hecho de haber pasado una noche de perros como por el contenido de un sueño funesto.



El Paso, 1

Dicen en Los Lamentos, y a la mera en todos los pueblitos de México, que no hay caldo que no se enfríe, así que es buen momento de que el lector sepa por qué se había hecho ojo de hormiga don Pancho, el papá de nuestro protagonista. Recordemos que cierto día un cliente le había endulzado las de escuchar con la idea de que la buena fortuna abrazaba a todos los paisanos en los Yunaites, al otro lado del Bravo, donde se barría el dinero con la escoba. Como bien sabemos, don Pancho era necio como una mula o como el perro Quiereltaco cuando los cristianos le decían que dejara de lamerse sus partes privadas que llamamos nobles. Pero debido a que sus vacas habían pasado a ser pasto de los gusanos, no tuvo de otra y con el alma apachurrada juntó sus garritas, se lanzó a la aventura y dejó la víbora chillando.

Antes de que pasara a dormir el sueño de los justos, tuvo la caridad de contarme las muchas hieles y pocas mieles de su aventura en el país del norte. “La mera verdad es que los braceros somos los más chipoccludos pa’l camello en los Yunaites. Los gringos le hacen el feo a nuestro trabajo, pero si vieran cuánto esfuerzo nos ha costado llegar a donde estamos, nos aplaudirían como las gentes del desierto cuando llega a llover”. Lo más difícil para don Pancho fue decidirse a meterse de bracero, dejar de trabajar la tierra y abandonar a la familia. Lo demás fue fácil. Por lo menos al principio.

Una vez que llegó a Ciudad Juárez, con la lengua de fuera y los pies hechos polvorón, luego de caminar un titipuchal de días a través



de dunas, huizaches y biznagas, esquivando moyotes durante el día y coyotes durante la noche, el papá de Pachoncho se las averiguó, según el norte de un alma caritativa, para saber cómo había que hacerle para cruzar la frontera, por lo que se apersonó en El Trocadero, una casucha con láminas de zinc cercana a la estación de ferrocarril, donde se hacían las contrataciones de braceros. El Trocadero era manejado por gendarmes gringos y su área principal consistía en una hilera de ventanillas. El primer paso era someterse a una entrevista sencilla inicial en la primera.

Allí sufrió nuestro personaje las de Caín, pues si a duras penas hablaba la lengua que nos heredaron los españoles barbudos, cuantimás la del señor de cabeza cana que aparece en todos los billetes de a dólar y que se llama Guáchinton, así que cuando escuchó la primera pregunta en inglés se quedó con cara de Quiereltaco cuando un lamentoense lo reconvenía por andar de travieso, es decir, de *questionmarc*. Para su fortuna, un paisano que sí espiqueaba la lengua anglosajona y que estaba a sus espaldas le fue soplando el significado de las preguntas, de tal suerte que, a pesar de que el gendarme ni siquiera levantó la vista al interrogar a nuestro aspirante a bracero, don Pancho hizo el paripé de que sí entendía, pero nomás paraba oreja para cachar las preguntas con su consabida respuesta.

A continuación, el cuico le pidió que mostrara las manos para constatar las huellas físicas del rudo trabajo del campo. Una vez aprobado el grado de callosidad de nuestro paisano, fue enviado a la tercera ventanilla donde firmó su contrato con una equis resbalosa y le tomaron la fotografía que adornaría su tarjeta de bracero. Salió en la foto, huelga decirlo, con cara de desvelado, todo fodongo y medio asustado, ya que este trámite final lo tomó por sorpresa, porque desconocía



el proceso y porque era la primera vez en su vida que veía una cámara fotográfica.

Tuvo don Pancho que aguardar un par de días mientras los yentleman del Servicio de Inmigración se decidían a hacerle la caridad de estampar el sello de aprobación en su permiso, luego de corroborar con los servicios de información que no era un bandolero ni pariente de Pancho Villa. Aquí habrá que aclararle al lector enamorado del estilo de vida americano que los polis gringos ni investigaban ni nada; daban paso a los Yunaites a los que no tenían cara de lioso ni de majadero, a ojo de buen cubero. Pues bien, esa situación destanteó los planes del paisa, pues ya se le había acabado el pipirín y a esas alturas ya sentía las tripas pegadas al espinazo, por lo que resolvió tumbarse muellamente atrás de las ventanillas y pasarla duerme que duerme, un tanto para acallar los gritos de la barriga y otro porque no tenía nada que hacer.

Al cabo fue transportado junto a otros compatriotas, también arrojados por la desgracia, a un local llamado Centro de Procesamiento Río Vista, localizado en Fabens, en el llamado Valle Bajo de El Paso. En dicho centro se les apareció otro güero pelos de gallo giro, que los hizo bañarse —por no decir que los mojaron a manguerazo limpio y helado— y luego los roció con un extraño polvo blanco, “para matar las pulgas mexicanas”, según les dijo burlonamente el gendarme en perfecto español. Ya tumbadas las cáscaras de nuestros coterráneos, otro primo les dio de comer pan de caja y salchichón, que a don Pancho le supieron a gloria.

Ya más limpios del cuero que el alma de un huerco, la barriga llena y el corazón contento, los paisanos fueron formados para que los agricultores gabachos escogieran a los trabajadores que necesitaban para sus ranchos. Los más jóvenes fueron señalados primero y los más viejos



se quedaron al último. Don Pancho no era ni lo primero ni lo último, pero fue de los últimos en ser escogido, pues su osamenta estaba dada al traste por los muchos años de camellar bajo los intensos rayos del sol y lo malcomido que estaba, casi al nivel de Quiereltaco.

En el rancho donde le dieron camello hacía de todo, aunque su contrato era para la pisca de algodón. Durante el día pepenaba borras blancas desde que amanecía, pero en las tardes y los domingos era llevado a reparar cercas o pintar la casa del rancho, míster Wide. Naturalmente, sólo le pagaba por el algodón que piscaba de las seis de la mañana a las cinco de la tarde. Es decir, un dólar y diez centavos por cien libras de algodón. Para que se dé una mejor idea el lector, el mejor piscador de algodón, que era un coahuilense de brazos nervudos, hacía unas trescientas libras diarias, por lo que ganaba hasta \$21.60 en una buena semana. “Parece poco, pero nomás fíjate que en ese entonces los mejores pantalones de mezclilla te costaban \$1.98”, me dijo don Pancho cuando lo entrevisté para este librito.

Una vez a la semana, lo llevaban a El Chaparral a comprar víveres y cigarros. Algunos aprovechaban para mandar dinero a sus familias por medio de giros bancarios. Don Pancho no fue la excepción, aunque al principio no le tenía confianza al banco. También aprovechó para, con la caritativa asistencia de un paisano que ya había cruzado el umbral del alfabetismo, mandar tres telegramas. El primero decía: “Ya en USA”, el segundo decía: “Ya camellando” y el tercero decía: “Pronto dólares”. Después fueron giros telegráficos de siete o diez dólares mensuales sin telegramas de por medio, como ya se consignó en esta epopeya pachonchoesca, pues el paisano que le había hecho la caridad de dictar al telegrafista los mensajes a la familia lamentoense ya no quiso ayudar de oquis y dijo que a partir del cuarto telegrama cobraría treinta centavos.



Don Pancho camelló once meses, siete días a la semana y cuando menos doce horas diarias, por lo que al momento de hacer cuentas cayó en la ídem de que tenía poco menos que nada, por lo que eso de barrer los dolarucos con la escoba, como le habían asegurado, era tan cierto como que Quiereltaco oficie misa, así que de seguir como iba nomás no iba a progresar. Le quedaba el consuelo de que su familia recibía el fruto de su trabajo a través de dinero contante y sonante, pero la idea era ahorrar unos cien dólares, comprar con estos unas vacas y volverse al terruño.

Quiso el destino que un día que mandó siete dolaritos y se guardó uno para comprarse una yaquet nueva, pues la que se trajo de Los Lamentos daba más pena que soltar un aire por el conducto privado, conoció a un güero pecoso de dientes inmensos que le resultó simpático, pues sonreía como si hubiera acabado de comer. Hablaba un español decente, como muchos gringos previsores que sabían que Texas se estaba nutriendo de muchos paisas y que era necesario el dominio de la lengua cervantina para hacer buenos bisnes.

Luego de escuchar la historia atropellada de don Pancho, pues hay que decir que siempre fue hombre de pocas palabras, el güero le aconsejó que mandara al mentado míster Wide por un tubo, pues lo que le estaba haciendo tanto a él como a toda la tropa sufrida era una canallada. A todas luces, lo estaban explotando.

—Amigou, yo for exemplo tengo frends mecsicans que ganan diez dólares diarios.

—¡Adió! ¿Y pos camellando en qué o qué? —preguntó estupefacto don Pancho, que a duras penas lograba reunir la mitad en una semana.

El güero le preguntó que si eso importaba, a lo que nuestro paisano respondió que quién sabe, no vaya siendo que haciendo cosas malas y contrarias a la fe. El gringo soltó una risa acompañada de tos



de Quiereltaco, pues hay que decir que el güero fumaba como chacuaco. Luego de que la apaciguó, le dijo que el jale era legal, de una señora paisana suya que tenía un restaurantito y una lavandería.

Don Pancho no estaba muy convencido que digamos, pero el güero le dijo que no era necesario que tuviera nociones de ciencia ni nada por el estilo; su labor consistiría en auxiliar a la doña lavando trastes, sirviendo café, entre otras actividades. Sobre todo, no tenía que chamuscarse todo el día bajo el sol. Ese argumento acabó de enzorrarlo.

Total, para no hacerle el gallo zancón al lector, y porque debemos volver a las peripecias de nuestro protagonista, don Pancho se dejó ir como Quiereltaco al bofe, hizo su liacho en un santiamén y le entró al traque. Habrá que advertir que bien pudo don Pancho juyirse sin decir ni pío al míster Wide, a quien sólo le debía más ampollas en las manos, pero como fue criado cristianamente por el padre Melo, tuvo la decencia de despedirse del agricultor algodonero, que no lograba concebir cómo un mexicano podía, así sin más ni más, renunciar a la enorme fortuna de cinco cueros de rana a la semana, con techo y pipirín incluidos. Simplemente un absurdo.

Nuestro compatriota se encogió de hombros por no encontrar mejor explicación y le ofreció su mano callosa para sellar la despedida, pero el míster se encorajinó como Quiereltaco cuando un chamaco travieso le sorrajaba una patada salva sea la parte y soltó una retahíla de palabrotas imposibles de transcribir por si en estas páginas hay ojos todavía castos.

—Buenou, sonababich —dijo finalmente cuando se calmó—, gueaut y no regreses como perrou entre las patas, como dicen los mecsicans.



Entonces, don Pancho tuvo un último gesto de amistad y le respondió que muchas gracias, señor sonababich, que debía significar “amigo”, y que Dios me lo bendiga.

Después cogió su liacho y se jaló con el gringo, que dijo llamarse Robert, con dirección a El Paso, Texas.





Los Lamentos, 2

Como el lector recordará, al no tener noticias de su bienamado marido don Pancho, la mamá de nuestro protagonista se jaló para la oficina de telégrafos, atendida por don Benigno, que ya estaba cerrando, pues a esa hora tarde se le hacía para su merecida merienda en casa.

—¡Qué le puedo decir, Cuquita!... A lo mejor don Pancho ya encontró mujer —le soltó de sopetón el telegrafista para dar por zanjado el asunto, ya que las chicas se comían a las grandes.

De regreso en su jacal, doña Cuquita estaba contando los pesos que había ahorrado en esos años, pues justo es decir que era buena administradora y, además, ella y Pachoncho no necesitaban sino unas pocas tortillas, frijoles y atole de maíz para mantener el esqueleto erguido. Después de varias intentonas, contó la cantidad de treinta y nueve pesos que, según sus cuentas, le alcanzarían para algún tiempo. Sin embargo, bien sabemos que la divinidad ha otorgado a las amas de casa un aura de sabiduría que las protege de cometer tonterías como las que suelen consumir los varones, empecinados en vivir el día a día sin mayor preocupación que pasarla bien, así que en cuanto llegó Pachoncho de la escuela con su seis punto cero, que lo autorizaba a cursar el cuarto grado de primaria con la maestra Malu, doña Cuquita le dijo a su vástago que debían hablar.

Pachoncho venía preparado también con un orden del día, cuyo punto principal era la conveniencia de dejar por la paz los estudios en vista de que no podía pasar de tercer año desde hacía ya varios ayeres



y, a pesar de la caridad de la profesora Malu de pasarlo de año, ya no tenía apetito ni sed de conocimiento. Después de todo, decía, ya se sabía el contenido de sexto grado porque, como recordaremos, la profa Malu daba todos los grados en el mismo salón de clases. Y para acabarla de rematar, lo único necesario para la vida era hacer cuentas y saber leer y escribir, y ese conocimiento ya lo tenía más que dominado.

Lo que no sabía doña Cuquita es que si bien Pachoncho era una cabeza dura, nuestro protagonista temía por la suerte de su alma, como bien le hizo ver el padre Melo cuando se fue a confesar por última vez. El lector debe estar enterado de que Pachoncho, aunque cursaba el tercer grado, lo hacía por quién sabe cuánta vez, así que cuando culminó su último año de escuela formal contaba con alrededor de trece años, días más, días menos, de tal suerte que era el carcamal de la clase. A Patricio, el hijo de Tobías, el cantinero, que era el mayor después de él, le llevaba dos años, así que podrán ustedes imaginarse la vergüenza de nuestro héroe de ser un párvulo viejo. Así se lo hizo saber al padre Melo, para que le diera luz sobre lo que debía hacer al respecto.

—A mí no me engañas, niño. Dime, ¿tu profesora tiene pensamientos malsanos contigo?

Pachoncho no sabía qué responder, pues su alma era ingenua como una mantis macho. El padre Melo no se explicaba cómo, finalmente, Pachoncho había pasado de año, tan bruto como era, así que la única explicación fue que la profesora Malu debía tener intenciones concupiscentes con su pupilo más aventajado en edad. Así se lo hizo saber a Pachoncho, que no entendía todavía qué era la concupiscencia.

—No finjas demencia, que ya tienes pelos donde te conté. Además te vas a condenar al infierno si me mientes. Necesito saber toda la verdad.



¿Cuál verdad?, se preguntaba Pachoncho. El padre Melo dijo que aunque sus oídos sacrosantos se vieran afectados por recibir en su interior revelaciones malsanas, debía Pachoncho despepitarse todo lo que se dice, con lujo de detalles, para saber qué penitencia debía imponer el hombre de Dios. Sin embargo, nuestro protagonista seguía no montado en su macho, sino sin saber qué responder que dejara satisfecho al prelado.

Después de varios intentos por sacarle la sopa al muchacho, el padre Melo le dijo que podía marcharse a su jacal, no sin antes rezar ante la virgen tres avemarías y diez padrenuestros para ver si así se le soltaba la lengua en su siguiente visita. Camino a casa, Pachoncho pensaba en lo que le había dicho el padre Melo. Se preguntaba, efectivamente, por qué la profesora Malu lo había pasado de grado así sin más, pues bien sabía que el examen había sido tan sufrido como un taco de chile sin agua, pero cayó en la cuenta de que bien la profesora necesitaba graduarlo pronto porque otros chamacos seguramente necesitarían el pupitre que él ya llevaba ocupando un buen tiempo.

Doña Cuquita, que tampoco era buena en la diplomacia, le soltó bocajarro a su hijo que don Pancho seguramente ya no enviaría dinero nunca más y que necesitaban tomar sus providencias para que no faltara el pipirín en casa, sobre todo tomando en cuenta que Pachoncho demandaba más y más alimento conforme crecía. A pesar de su joven edad, podía decirse que nuestro héroe ya tenía el cuerpo de un hombre y los músculos comenzaban a sentar sus reales, ya que independientemente de que se recibían las remesas de don Pancho, Pachoncho



trabajaba por las tardes cargando bultos en la tienda de Conchita, así que la osamenta pachonchoril estaba más que tonificada.

Su mamá le hizo ver que los veinte centavos que recibía a la semana por ayudar a la comadre Conchita no serían suficientes, por lo que había que echar a andar otro plan de acción. Hay que decir al respecto que mientras doña Cuquita hablaba como tarabilla, Pachoncho no podía imaginarse a qué oficio dedicarse, pues fuera de cargar bultos no sabía hacer otra cosa. A lo mejor, como sabía leer y escribir, así como hacer cuentas, le significarían una puerta al progreso, pero los puestos que demandan el dominio de esos conocimientos estaban más que ocupados en la oficina de telégrafos, en la cantina, en la parroquia del padre Melo y en la Presidencia Municipal.

—Te me vas a ver inmediatamente al chino Ching —le dijo la matriarca mientras nuestro protagonista se rascaba la de pensar al punto de apachurrar un piojo que tuvo la mala fortuna de hacer camino cerca de las uñas.

Pero cuando llegó Pachoncho donde el chino Ching, le dijo su recién esposa, que por cierto era una india tarahumara llamada Ariché, que se había ido por cuestiones de negocios a Estados Unidos y que regresaba en unas dos o tres semanas. Como Pachoncho no se esperaba esa respuesta no supo qué hacer y se quedó hecho una pieza delante del mostrador de la tienda que había montado como fachada el chino Ching y que atendía Ariché. A la india le provocó una risita la cara de palo de Pachoncho y le dijo que por qué no se sentaba un rato mientras recordaba lo que debía hacer. El joven obedeció.

—Permíteme tantito, ya vuelvo —le dijo Ariché y luego de unos minutos volvió con una botella de cristal que contenía un líquido negrozco. Ayudándose de unas llaves, dobló la tapa de hojalata que



mantenía cerrado el pomo y se escuchó una explosión del interior—. Bebe, te acomodará las ideas.

Pachoncho, que en su vida había bebido aquello, se empujó de ja-lón el agua azucarada y burbujeante, pero como no sabía los efectos del gas, se le cerró de inmediato la garganta y escupió un poco del líquido.

—Tranquilo. Se toma despacio —le dijo Ariché.

También le dijo que era un invento de los gringos que se llamaba Coca-Cola y que curaba la depresión, la presión baja y que se vendía en las droguerías como tónico cardíaco para, además, fortificar la laringe.

Pachoncho obedeció y agotó el contenido de su Coca-Cola poco a poco. Mientras tanto, Ariché le dijo que el chino Ching estaba interesado en comercializar esa bebida no sólo en Los Lamentos sino en toda la comarca. “En Juárez no, porque ya se vende por allá”, dijo. Como respuesta, Pachoncho expulsó ruidosamente por la boca los gases del estómago provocados por la Coca-Cola, que las conciencias cristianas llaman *repetir* y los ateos *eructar*, según el padre Melo. La esposa del chino Ching soltó una carcajada que ruborizó a Pachoncho, aunque éste también se rio a final de cuentas, contagiado por la india cuya belleza había pasado desapercibida hasta ese momento.

Doña Cuquita estuvo de acuerdo con su hijo en que debían esperar el regreso del chino Ching, pero mientras tanto no había lugar para que Pachoncho echara raíces en el jacal, así que al día siguiente debía salir a buscar camello donde fuera, ya sea cargando bultos de tiempo completo en la tienda de Conchita, sirviendo cervezas en la cantina de Tobías, barriendo en la parroquia del padre Melo o escribiendo cartas en la Presidencia Municipal.

Todo eso hizo y más nuestro querido amigo Pachoncho, pues además de lo ya mencionado, le hacía mandados a Ariché, la esposa del chino Ching, que era por cierto quien más le pagaba: diez centavos diarios.



Como ya habíamos dicho, Conchita le pagaba veinte centavos semanales, el cantinero Tobías le pagaba tres centavos diarios y una cerveza y el presidente municipal, don Epigmenio, le descontaba un centavo diario de la cuenta de predial del jacal de doña Cuquita. Por lo que respecta al padre Melo, éste decía que no había mejor pago que la gloria eterna en el Reino de los Cielos, así que no podía compararse con lo que los vulgares terrenales le ofrecían con esa moneda corriente y mundana.

Por cierto que el padre Melo no había quitado el dedo del renglón respecto a la profesora Malu. Las sospechas se habían acentuado a raíz de que la profesora había mandado a Patricio, el hijo de Tobías, el cantinero y segundo de a bordo en cuanto a edad se refiere en la escuela —aunque desde la desertión de Pachoncho, primero en su clase—, a saber del paradero de su alumno más antiguo, pues ya no supo de él desde que le había otorgado el pase al cuarto grado de primaria.

Patricio se hizo el aparecido en el jacal de Pachoncho cuando éste llegaba de la tienda del chino Ching y le pasó el recado de la profesora. El joven respondió que ya no iba a volver porque tenía que trabajar y vio que su excondiscípulo Patricio se puso tristón con la noticia.

—La verdad es que tú eres el único que me cae rebien en la escuela, Pachoncho —dijo Patricio.

El nieto de doña Conchita, y por consiguiente hijo de Tobías el cantinero, le tenía ley a nuestro héroe, sobre todo porque entre ellos había poca diferencia de edad —dos o tres años, más o menos, si no me fallan las cuentas—, pero no había de otra sopa, había que atizarle al camello.

Una vez que recibió el reporte de Patricio, la profesora Malu pareció quedar conforme y mandó de vuelta al muchacho a su pupitre. Sin embargo, luego de concluir la jornada escolar, decidió darse una vuelta por el jacal de su exalumno. En el camino, se topó con el padre Melo, quien despedía afuera de su iglesia a doña Conchita, la tendera, y a su



marido, don Heladio, que desde que tenía uso de razón le daba duro y tupido al cuidado de las reses de don Epigmenio, el presidente municipal.

La profesora Malu saludó a la distancia al padre Melo, que con las manos le dijo que se acercara para echar unas palabras, y siguió su camino. A pesar de llevar un vestido no tan ceñido, era vaporoso, ligero, y dejaba entrever redondeces encomiables y dignas no sólo de aplauso sino de admiración. Su escote tampoco era muy revelador como quisieran muchos cristianos urgidos de buen material visual, pero no hacía falta mucha imaginación para caer en la cuenta de que debajo de ese vestido se escondían, a duras penas, unos senos turgentes y bien dispuestos.

El padre Melo, que se había quedado con un palmo de narices, siguió con la vista a la profesora Malu, que recibió más de tres piropos más o menos bien intencionados de parroquianos solteros que andaban sueltos en las calles —después de todo, la profesora era la única profesora—, hasta que dobló la esquina en la calle que llevaba a la casa de Pachoncho y se perdió de vista.

Cuando llegó, la profesora Malu tocó suavemente la puerta del jacal. Tuvo que insistir una vez más y un poco más fuerte, pues nadie atendía el llamado. Al cabo, Pachoncho abrió la puerta y grande fue su sorpresa al encontrarse con su maestra, quien luego de saludarlo le pidió permiso para entrar y hablar. Una vez instalada en un remedo de silla, la profesora Malu preguntó al joven el porqué de su ausencia. Tras comprobar lo mismo que ya le había reportado Patricio, el hijo de Tobías el cantinero, se encogió de hombros. Luego se produjo un silencio que en segundos se volvió embarazoso.



El Chaparral, 2

Si el lector se pregunta —y con justa razón— si los pobres sueñan, es conveniente responder que sí, también sueñan, como todo el mundo. Estamos hablando desde luego de los sueños que se tienen cuando uno descansa por la noche, con los oclayos cerrados. Vaya, cuando uno duerme, pues. Porque de los que se tienen despierto, nuestro joven protagonista era ya un consagrado, un campeón nacional, pues. Soñaba, por ejemplo, que ganaría en poco tiempo muchos dolarucos en los Yunaites, los suficientes para volverse sobre sus pasos a Los Lamentos y entregárselos a su madre, doña Cuquita, para que los utilizara sabiamente y los hiciera rendir en un negocito. Soñaba también que un buen día encontraría a Pancho, su papá, en El Chaparral, donde según dijo había ido, le daría un abrazo fuerte y le preguntaría que por qué de pronto se había hecho humo. Entonces, don Pancho respondería:

—Mijo, tienes toda la razón en haberte preocupado. No me alcanzará la vida para recomponer mis tonterías, pero te juro que ni un solo día he dejado de pensar en ustedes.

Le contaría entonces la verdadera razón por la cual se había hecho ojo de hormiga. Hasta aquí llegaba sin embargo el sueño de Pachoncho, porque la de pensar no le daba para imaginar más, y se consolaba pensando que debía ser una razón tan poderosa que no daría alojamiento a ningún reproche ni cara de fuchi.

Lo que nos interesa en este momento es saber qué sueño nocturno perturbó a tal grado a Pachoncho que, aun con los ojos abiertos,



seguía con el corazón apachurrado como frijol refrito. Pues bien, una vez que los párpados de Pachoncho cedieron, no tanto a la gravedad como al cansancio, y bien dispuesto el cuerpo para aflojar y cooperar en el proceso de reparación biológica, comenzó esta trama:

Soñó que volvía al terruño con el ánimo de Quiereltaco, que siempre tiene la cola cansada de tanto moverla de emoción y buena disposición, y con el hambre de veintemilalmas para jambarse toda la cazuela de frijoles y veintemilgordas de maíz. Pero al llegar a su jacal encontraría a su madrecita ovillada en un rincón, temblorosa como una gelatina y temerosa hasta de su propia sombra. Ni siquiera la presencia de su hijo, que ya se había convertido en un hombre hecho y derecho, la calmaría de su penar. A pesar de ello y debido a que Pachoncho estuvo muele y muele para sacarle la sopa lo más suavemente posible, la sacrosanta Cuquita terminaría desembuchando las razones de su agüitamiento, que Pachoncho por más que lo intentaba no lograba recordar ahora que estaba en casa de la ma'am Melody. Inclusive se zarandéó la de pensar por si algo se había desatornillado allí adentro cuando lo despertó el *alarm clock*.

La ma'am Melody volvió a preguntar si todo estaba bien, a lo que el muchacho no tuvo más remedio que abrirse de capa, pues bien dicen que cuando el alma está oprimida hay que tener a la mano un amigo para compartir la pena y apachurrar, aunque sea un tantito, la sensación molesta y aflictiva que duele hasta las entrañas. Luego de escuchar atentamente el relato del mexicanito, la señora gringa sintió cómo se le pasaba el dolor a su estructura ósea, no tanto por el destino de doña Cuquita como por pensar en el Robert, que como ya dijimos, y si el lector no lo recuerda, era su único hijo que vivía en El Paso y la frecuentaba tanto como el perro lamentoense Quiereltaco al baño. ¡Qué ganas le dieron a la gringa de tener un hijo como Pachoncho! Qué



diferente era del Robert, y no hablamos tanto de los genes, pues huelga decir que los de allá parece que se broncean en la morgue, como de los sentimientos.

Según esto, el Robert —o Robert, sin el “el”, como le decía Melody a su hijo— se fue a vivir a El Paso para hacerse de una vida digna, o como diríamos los mexicanos, a comer maíz del bueno. ¿Pues es que acaso en El Chaparral no la tenía?, se preguntó la señora Melody. Qué hijo tan ingrato había resultado el Robert —bueno, Robert, el lector dispense—, pues a pesar de que la pensión de la ma'am era más que generosa, poco le importó al güerejo pecoso que ni tardo ni perezoso dijo de aquí soy y emprendió la graciosa huida en cuanto hubo reunido algunos cueros de rana.

Según lo otro, buscó acomodo en varios locales hasta que después de dar varias vueltas sobre sí mismo, como lo hace Quiereltaco antes de echarse a asolear la barriga, encontró un trabajo estable a las órdenes de una señora mexicana a la que le decían “La Nacha”, pero que se llamaba en realidad Ignacia Jasso viuda de González. ¿Y qué hacía para ella Robert?, le preguntó Pachoncho. Pos sepa, habría contestado la ma'am, si fuera mexicana, pero de su boca salió un *aidonout* acongojado.

Volviendo al momento, doña Melody dijo a Pachoncho que hiciera los trámites necesarios para ordenarle a su sesera que hiciera un esfuerzo supremo por recordar el resto de la historia onírica, pues los sueños son muy importantes para la vida de los mortales. Le dijo que recientemente había caído en sus manos el libro de un europeo que hablaba de los sueños. Cejasmundo Froid, entendió Pachoncho. Según esto, soñamos lo que deseamos en la vigilia, y les damos satisfacción. Horrorizado, Pachoncho sintió como si le hubieran echado a



la cabeza un balde de agua helada sacada de esos inviernos chihuahuenses que ya conocemos.

—No, pos cómo pasa usted a creer que deseo ver a mi mamacita así, ma'am Melody. Ni lo mande Dios —y se santiguó nuestro joven mexicano.

Para apaciguar su alma, la señora le dijo que no se preocupara, que a lo mejor no había entendido eso del inconsciente, que es como una cabeza dentro de otra cabeza, y que sirve para guardar nuestras angustias para que no nos molesten con sus reclamos, justos o no, cuando estamos despiertos. Pero que, de vez en cuando, necesita liberar presión, como el vapor que salía de su digestor que compró el año pasado en Nu York, una especie de olla de metal y que se utiliza para cocinar más rápido, en agua cautiva bien caliente, el chiquen, las verduras y etecé.

Poco entendió nuestro protagonista la explicación de doña Melody, pero asintió para dar a entender que sí entendía y se mostró calmo, para no angustiar a su patrona. Pero una madre es una madre, ora en El Chaparral, ora en Los Lamentos, y si el lector me apura, en cualquier lugar del mundo, inclusive en la China, donde moran los parientes del chino Ching. La madre es el ser más misterioso del mundo porque recauda sabiduría quién sabe de dónde y sabe con el corazón lo que la cabeza ignora, aun con toda su potencia.

Por eso hizo la caridad de llevar a Pachoncho con míster Desmond, un amigo suyo que de vez en vez le regalaba mariguana. No piense el lector sin embargo que la ma'am le daba vuelo a la hilacha cannábica para despejarse la mente cuando echaba de menos a Robert —que huelga decir lo extrañaba como la noche a las estrellas—, sino que la utilizaba para calmar los dolores crónicos de un cuerpo que ya pedía esquina.



Para que el lector se quede más tranquilo y no juzgue inapropiadamente a la señora Melody, diremos que la gringa era una dama de hábitos cristianos. Se levanta cada mañana a las seis, muy temprano. Después se da una buena ducha, cálida, y disfruta del café mientras lee el journal. Luego se pone al día con las tareas del hogar con la ayuda de Pachoncho. Luego sale de su casa y camina un rato, digamos que media hora porque la artritis de su codo derecho no la deja hacer más. Así que, en todo caso, el uso que le daba a la mariguana era medicinal y no recreativa, como pudiera el lector haber supuesto cuando se tocó el tema.

Bien a bien no sabemos dónde dio sus primeros chillidos el tal míster Desmond, el amigo de la ma'am Melody. Su acentillo era entre choco y francés, pero quizás nos equivocamos porque en nuestra infancia conocimos en la capital a un vendedor de pasteles que era descendiente de un gabacho y una tabasqueña. Bonita combinación.

Míster Desmond hizo recostar a Pachoncho en un asiento alargado, donde cabía perfectamente la humanidad del joven mexicano, cuan largo y ancho era. A continuación le pasó una almohadilla para que descansara la de pensar y le pidió, en un español decoroso pero choco-gabacho, que cerrara los ojos y se relajara.

Nuestro héroe, que poco sabía de la vida y nada de ciencias paranormales, cerró los ojos pero no pudo relajarse. En realidad, cayó en la cuenta de que no sabía qué era relajarse. Míster Desmond, con paciencia monástica, le dijo que era conseguir un estado de reposo, dejando en completo abandono los músculos y la mente libre de toda preocupación. Pues reposado, Pachoncho ya estaba; desamparados de atención, los músculos ya estaban. Sólo quedaba dejar de preocuparse, lo cual nuestro joven mexicano no consiguió.



Y es que su mente vagaba como el perro Quiereltaco, de aquí pa'llá y pa'cullá, sin lograr estar sosegado. Por más que lo intentaba, su cabeza estaba empeñada en intentar recordar el episodio onírico que lo traía tan agitado. Se dio por vencido y las saladas comenzaron a escurrirle por los ojos. Míster Desmond observó un instante a la señora Melody y luego se volvió al joven mexicano:

—Dime, ¿qué edá tens, muchachou?

Desde su llegada a El Chaparral, nuestro protagonista no había tenido tiempo de contar el tiempo, así que se rascó la sesera para removerse la memoria y llevar a la boca una cuenta lo más cercana a la verdad, que consistió en diecisiete años.

Sí, es probable que Pachoncho ya tuviera cerca de tres años morando en la tierra de las oportunidades. Discúlpeme el lector por no haber conseguido más información de nuestro héroe. A duras penas he podido reconstruir, con trozos de la memoria popular, su historia digna de contar, para ejemplo de nosotros los olvideños, sobre todo para los menores. Bien lo había dicho el padre Melo en sus sermones dominicales: “Articular lo que ya pasó no significa conocerlo como tal ni como verdaderamente fue. Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra”.

Míster Desmond resolvió entonces que Pachoncho debía someterse a un tratamiento cuyos primeros efectos serían la relajación y somnolencia. Sin embargo, advirtió que la terapia, a la cual llamó hipnosis, no debía demorarse porque en caso contrario Pachoncho pasaría de la relajación a un hormigueo y picores en todo el cuerpo. Lo importante era conseguir un estado de duermevela.

No voy a contar al lector —por pudor y porque no sé cómo se hace— cómo míster Desmond hizo un preparado para fumar sin ceras a base de opio, que en nuestro pueblo conocemos como dormilona,



como ya dijimos, pero el caso es que invitó a nuestro protagonista a despacharse. Como era de esperarse, nuestro paladín no dijo esta boca es mía y se rehusó a consumir el alcaloide, para beneplácito nuestro y para el de la señora doña ma'am Melody, que esbozó una sonrisa. Ay, cómo se acordó de su hijo Robert, porque contrario a Pachoncho, el güerejo pecoso ya tenía un poco de camino recorrido en ese desagradable hábito.

El hipnotista acicaló su mostacho de revolucionario para encontrar otra solución al problema y, tras meditar unos instantes, sin decir agua va de botepronto soltó una pregunta que hubiera hecho ruborizar inclusive a Tobías, el cantinero, hijo de doña Conchita y de don Heladio, que era el más malhablado de todo el pueblo de Los Lamentos:

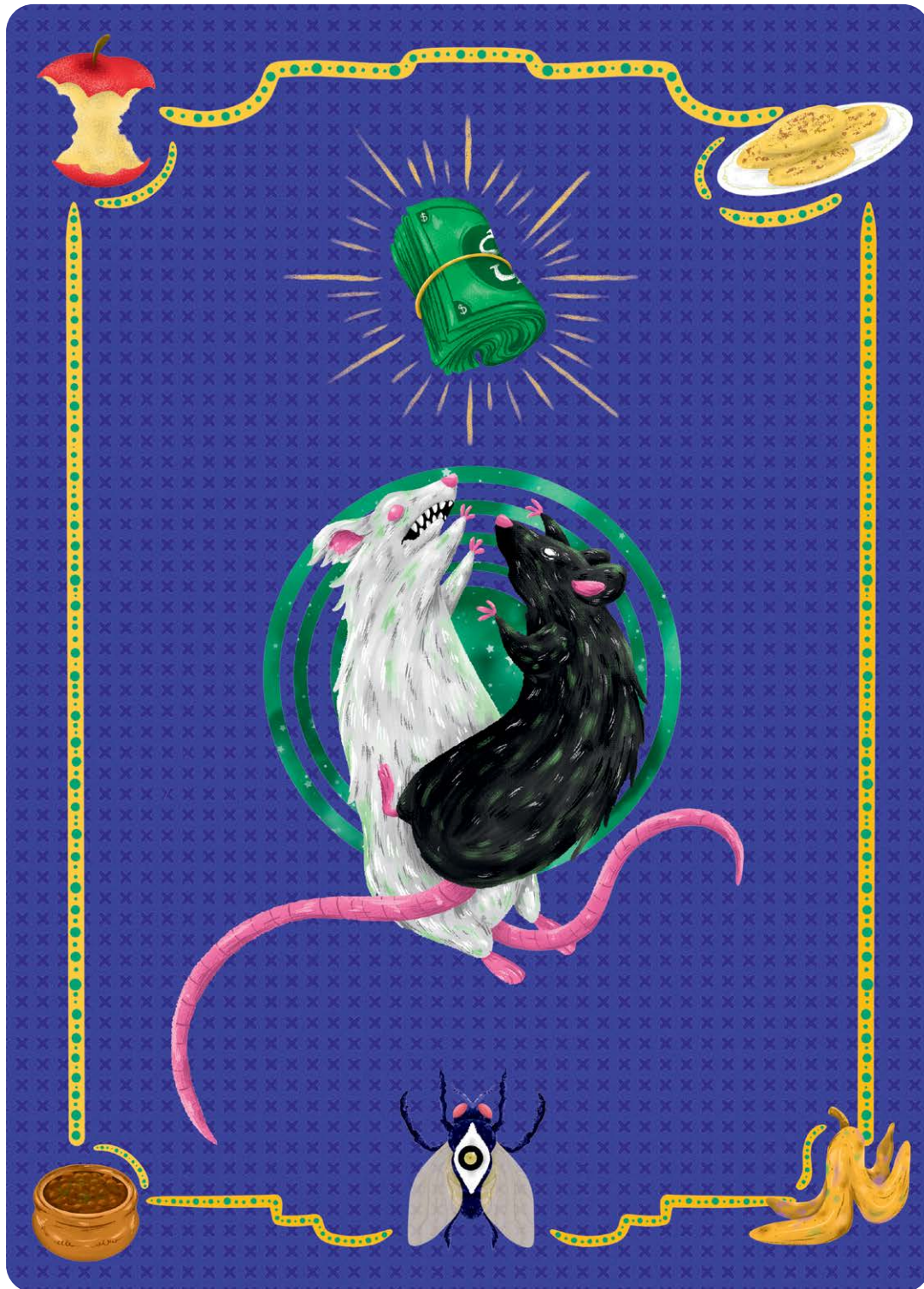
—Y dime, ¿ya te hicigste hombgre?

Pachoncho, con ingenuidad angelical, se miró los brazos, cuyas fibras contráctiles eran notables a simple vista, es decir, tenía un par de conejos bien alimentados y en acecho. Míster Desmond soltó una risilla que sonrojó a nuestro prócer lamentoense, pero de inmediato recompuso. No, no se estaba burlando de él. Sólo que no se había dado a entender.

—Bueno, acabáramos —dijo Pachoncho—. Pues pregunte nomás, así, a lo macho—. Y la soltó así, nomás.

Pues no, Pachoncho reconoció que no había transitado de los pantaloncillos cortos a los largos. Entonces, preguntó míster Desmond si tenía novia, a lo que nuestro jovencito respondió cándidamente que no.

—Va seg complicado así, youngmen. ¿Pog qué no volvemos al opio?



El Paso, 2

La señora Ignacia Jasso viuda de González pidió a don Pancho que la mentara como doña Nacha. Era una mujer de estatura baja, tez morena, bien entrada en tamales, vestía faldas debajo de la rodilla y lucía un chongo que restiraba sus cabellos indios, negros como la noche. No era ni vieja ni joven, pero era de sonrisa fácil, haciendo que la edad no importara.

—Así que te llamas Francisco, ¿eh? —dijo en tono maternal doña Nacha—. Te diré Panchito, si no te molesta, claro. Y dime, ¿a que venistes a los Yunaites, Panchito?

El papá de Pachoncho despepitó su desgraciada historia que ya el lector conoce y no es necesario repetir, por lo que una vez que hubo terminado su narración, doña Nacha se acarició la papada y dijo que por lo pronto le podía hacer un favor, en lo que pensaba cómo podía sacarle jugo. A continuación se metió las manos en las enaguas y sacó un fajo de billetes, que entregó a Robert:

—Te me vas a la Bellavista, en Juárez, Robertito. Que te acompañe Panchito. Tomas veinte dolaritos por tu comisión, ya sabes —y le guiñó el ojo al gringo.

Una vez notificados del encargo, doña Nacha les dijo que podían echar la mona en la trastienda de lo que sería el nuevo restaurante en El Paso, que sería inaugurado la próxima semana. También les dijo que durmieran vestidos porque saldrían cuando todavía estuviera oscuro, para evitar las peregrinaciones de compatriotas que, con sus bultos a



cuestas, vienen en camino contrario, en busca de fortuna. Y quién sabe si entre ellos habría malandrines que sepa Dios cómo olfatean el dinero bienhabido de los que con el sudor de su frente lo han ganado. Sin embargo, antes de hacer la mimi, don Pancho y el mentado Robert se despacharon unas galletas de soda y una lata de sardinas, pues doña Nacha notó que las tripas del nuevo mandadero ya apremiaban.

A la mañana siguiente, o mejor sería decir a la madrugada siguiente, luego de haber estirado de lo lindo los pellejos y haber aprovechado el bendito sueño reparador, don Pancho recibió un cariñoso puntapié del Robert, que lo llamaba a la faena.

Pasar de Estados Unidos a México era un dulce en comparación con la viceversa, pues en cuanto vieron a la pareja mexicoestadounidense en el umbral de la garita, los gendarmes pusieron cara de pásenle nomás, sin pedirles documento alguno. El sol todavía no daba visos de querer levantarse detrás de la sierra oriental, como habitualmente lo hace cuando está satisfecho de soñar durante la noche mientras camellaba la luna blanca y redonda.

Si bien todavía era hora de mimir para la mayoría de los mortales, había cierto movimiento en las calles principales de Ciudad Juárez, pues algunos trasnochados habían decidido —o los habían obligado a decidir los cantineros— que ya era hora de echar la mona. Se trataba en la mayoría de los casos de gringos sedientos de trago que, desde las leyes prohibicionistas de su país, encontraban consuelo etílico en nuestra amada patria, por lo que, una vez refrescado el gañote, volvían trastabillando a suelo gabacho.

Don Pancho también notó en su camino el ir y venir de damas con prendas minúsculas, ceñidas a su cuerpo, y la cara pintarrajeada de colores diversos. “Es para el alivio de hombres como yuandmi”, le dijo el Robert sin ocultar una sonrisa picarona. En realidad, el papá de



nuestro protagonista no era de los inclinados a darle vuelo a la hila-cha, particularmente con las mujeres de pedido. Pero guardó silencio por aquello de pus total, qué le iba a importar al Robert sus explicaciones. En cambio, se puso vivo para evitar ser atropellado por algunos carromotores que zigzagueaban por las oscuras callejuelas de la ciudad fronteriza.

No tardaron mucho en llegar al barrio de Bellavista, un arrabal de casuchas lastimeras. Don Pancho cayó en la cuenta de que Los Lamentos era un pueblo pobre, sí, igual que el congial donde estaba asomando sus narices, pero por lo menos en el terruño las gentes no eran dialtiro puerkas. Vaya, ni Quiereltaco podría vivir en esa inmundicia. La basura se enseñoreaba como majestad de Bellavista, que de bello no tenía nada. Fruta pudriéndose por aquí, cacas sin recoger de chuchos juarenses por allá —queremos pensar que así era— y, bueno, por todos lados había montículos de residuos podridos que recibían las caricias de las ratas, que erizaron las púas que don Pancho llevaba por mostachos.

Nuestros personajes se apersonaron en una casita que se distinguía de otra porque era de adobe. Les abrió un paisano cuya cara era de pocos amigos. Esto se explica porque cuando se asomó al primero que vio fue a don Pancho y no al Robert, que se había alejado unos pasos para hablar con otro paisa que salió quién sabe de dónde. Ya imaginará el lector la cara de pánico que puso el papá de Pachoncho cuando devisó al fulano malencarado, que además sostenía un machete por si las moscas. Pero el susto no duró mucho, pues don Pancho señaló al Robert y el paisa bajó la guardia.

El gringo se volvió para evitar que mandaran a calacas a don Pancho. Saludó al paisa del machete y le dijo que venía con él y que, por lo tanto, era de confianza. Se produjo un silencio incómodo, pero



tampoco duró mucho porque el paisa soltó una carcajada y le dio una palmada vigorosa en la espalda de nuestro cuate.

—Ah, qué caray, paisano. Usté dispense. Pero pásenle, pásenle a lo barrido.

Les ofreció un charco de agua con unos cuantos frijoles y un jarro de atole, pues dicen —y dicen bien— que pa'l susto hay que darle al cuerpo un gusto, y se veía que don Pancho traía las tripas pegadas al espinazo. El Robert se rehusó diplomáticamente, pero con un gesto le hizo entender a su acompañante que él sí debía aceptar el manjar ofrecido. Sinceramente esto le cayó de perlas al papá de nuestro protagonista, porque de tanto caminar los pedales ya estaban a punto de ponerse en huelga. A continuación el anfitrión y el Robert se enfrascaron en una conversación que no viene a cuento narrar, uno, porque nada tiene que ver con esta historia verídica, y dos, porque estos dos personajes hablaron en lengua cheispiriana, y don Pancho nada le sabía a la tatacha del toquinglish. Lo que sí estamos en condiciones de compartir al lector fue lo que a continuación está a punto de saber.

Que después de haberse empujado los frijoles encharcados y calentado la barriga con el atole de maíz, don Pancho recibió la encomienda de cuidar el fajo de billetes, pues el Robert y el Miliano, que así dijo llamarse el paisa del machete, tenían que salir a cumplir otro mandado de doña Nacha, y tenían que hacerlo a la de ya, pues a esa hora los paisanos a los que visitarían seguramente estaban ya dándole la última estirada a sus petates y despegando los sarapes para darle a la llamada, que eran los sembradíos de doña Nacha.

Don Pancho, que no era de los que le gustaba darle vuelo a la sinhuero, no tuvo, pues, más remedio que obedecer sin chistar y quedarse en el jacal de adobe mirándose las uñas mugrosas y aguardar a que volvieran los personajes ya mencionados. No pasó sin embargo



mucho tiempo pensando en la inmortalidad del huizache, pues de buenas a primeras sintió el tufo de presencias ajenas. Este sexto sentido lo tenía más que bien desarrollado, pues a pesar de que Los Lamentos era un pueblo cuyos moradores respetaban lo ajeno, siempre podía existir la posibilidad de que alguien se descarriara; de tal suerte que el papá de Pachoncho tenía ligero el sueño y al menor sonido brincaba del petate para cerciorarse de que nadie le había puesto un yugo a sus vacas para pepenarlas.

Lo primero que le pasó por su cabeza fue esconder el envoltorio de dolarucos que le había encargado el Robert, no fuera siendo la de malas. Así que después de dar un recorrido visual por el jacal encontró unos adobes sueltos entre el fogón y la mesa y allí escondió el trapo.

Unos paisas con cara de malaveriguados preguntaron por el Miliano, a lo que don Pancho no pudo sino encogerse de hombros.

—Ta güeno, paisa. Tons lo esperamos aquí. ¿Habrás café? —dijo uno al que otro parna le decía el Curtis.

Don Pancho, que había sido educado cristianamente por el padre Melo, como ya consignamos en la historia verídica de Pachoncho, su hijo, dijo al Curtis, que parecía ser el mandamás de la jauría de esas gentes cuyos rostros no ayudaban en nada para agarrarles confianza, que los invitaría con mucho gusto a pasar al humilde cantón juareense, pero ustedes dispensen, que yo sólo soy invitado y nada de lo que aquí hay —que no era mucho, por cierto— me pertenece. Así que si querían echarle a la barriga un café bien cargado y un par de gordas con su respectivo acompañamiento de chile para amacizar, pues que lo dispensaran, y en eso quiso cerrar la puerta.

Pero el Curtis, que ya se las olía, había puesto el pedal en la puerta para evitar que el desconocido la trancara. Soltó una risotada de esas que dan miedo porque no sabes si es por enojo o por alegría, les echó un



chiflido a sus parnas y todos depositaron sus cuerpos en el interior de la vivienda sin que don Pancho pudiera hacer algo para evitarlo.

Uno de los malandros le echó una ojeada al fogón porque ninguno le había echado un peso a la barriga, pero sólo encontraron atole de maíz tibio y el charco de frijoles ya sin frijoles. El Curtis preguntó a don Pancho si le sabía a las artes de remoler el nixtamal, pues como que se les antojaba empacarse unas gordas. Nuestro personaje nunca había tenido la necesidad de atorarle a la preparación del sacrosanto pipirín, pues habrá que decir que doña Cuquita era la encargada de preparar el martillo.

Pero dadas las circunstancias, no tuvo más remedio que apoquinar y hacerle de preparalonches o chef, que así llaman en los Yunaites a los que preparan los manjares de los güeros, que dicho sea de paso no son tan manjaruosos como uno pudiera pensar, pues más bien los cocineros gringos se afanan en preparar lonches a las volandas, como los sängüichs.

Como Dios le dio a entender, don Pancho remolió algunos granos en el nixtamal y preparó unos remedos de gordas que, a pesar de ser pasadas por el fuego, quedaron medio masudas. Ello sin embargo poco importó a los colados, que se dieron vuelo, pues a buena hambre no hay tortilla mala, así que cuando acabaron de darse batería y las barrigas estuvieron a más no poder, uno de ellos se hizo un cigarro de hoja con su consabido fajero, lo prendió con un tizón y se lo pasó al Curtis, a quien ya le estaba cobrando factura la comilona, pues comenzó a bostezar como guacho recién amamantado. Por suerte, entre chupada y chupada a punta de quijada, el Curtis regresó al mundo de vigilia y preguntó al lamentoense que en qué la giraba, si es que podía saberse.



Don Pancho no tuvo oportunidad de soltar la sin hueso porque otro de los canchanchanes descubrió el escondite donde dormían plácidamente los dolarucos.

—¡Vaya, vaya, paisa! Con que esas tenemos. No sabíamos que el Miliano tenía sus ahorritos. Bueno, amigo —se dirigió a don Pancho—, pues ya no lo molestamos más. Le dice al Miliano que luego pasamos. Se me cuida, ¿eh?

Pero ya sabemos que la gallardía de Pachoncho no era gratuita, se la había heredado a su progenitor, que ni tardo ni perezoso se puso chango, pues para picarle la cola a los bueyes no se necesita inteligencia, y sabía que si dejaba ir a esos desconocidos con el moni de doña Nacha ya podría ir despidiéndose de este mundo. De tal suerte que para evitar la desbandada se plantó frente a la puerta y se puso en posición de echar tiros con los puños, hecho que provocó las risotadas de los batos, que aunque rústicos, eran seis, así que doce puños alcanzaban más que un par, que por cierto de tan flacos se les saltaban las venas.

El lector no necesita ser leído ni escrito para caer en la cuenta de que don Pancho llevaba todas las de perder, pero se engalló a tal punto que se escurrió como chinicuil frito en manteca y le arrebató al Curtis el envoltorio con los billetes gringos, hecho que provocó que el malandro se encorajinara a tal punto que despidiera un manazo, sin que alcanzara a batir carne.

A continuación se produjo una polvareda gracias a la agitación causada por los huaraches de los malandrines que perseguían en círculos a un don Pancho huidizo como Quiereltaco del baño, hasta que en uno de los periplos pepenó un palo y comenzó a repartir a diestra y siniestra los consabidos garrotazos a todo mundo, hasta que uno a uno fueron cayendo como moscas, fulminados por tanto porrazo.



Los Lamentos, 3

El chino Ching volvió a Los Lamentos dos meses después de lo previsto. Según le contó a su esposa Ariché, había conocido a unos hombres que comerciaban un vino llamado Mariani, un tónico elaborado con base en la cocaína, promocionado para combatir la anemia de señoritas, viejos y niños. En todo Texas se afirmaba que su uso provocaba el rejuvenecimiento y prolongaba la vida. Como el negocio de la amapola aún no cuajaba un tanto porque no contaba con los suficientes piscadores y otro tanto porque en Texas aún no había muchos fumadores de opio, el chino Ching viajó a los Yunaites para cazar al aire ideas que pudiera echar a andar en suelo tarahumara. En un momento de cruji de tripas se metió a un restaurante y conoció entonces a Robert Doe, que departía con otros comensales. Justo es decir que en realidad no lo conoció, sino que tuvo la fortuna de sentarse en una mesa contigua, y como los gringos le vieron la cara de chino, despepitaron toda la artillería que tenían reservada. El chino Ching, que a diferencia de muchos paisanos le interesaba saber más de la vida y exprimirle a la naturaleza su sabiduría, había aprendido desde pequeño el inglés que, según su abuelo abuelo 华文细黑, era un cheque al portador y una ventana al futuro, por lo que entendió bien a bien lo que Robert Doe y su compañía compartían. Los comerciantes hablaban de hacer algo parecido a lo que ya había hecho la Coca-Cola Company: quitarle el vino al Mariani para que dejara de ser una bebida alcohólica y se pudiera vender no sólo a los adultos. Lo que no sabían era qué elemento introducir para



ofertar una medicina elaborada con base en un estupefaciente. Uno de los acompañantes del tal Robert Doe dijo que por qué no probaban con la mariguana, pero otro dijo que aunque era un compuesto usual, ya era ilegítimo.

Al chino Ching se le ocurrió entonces que bien podía ponerle goma de opio a su Coca-Cola y comenzarla a distribuir en la comarca tarahumara. Si le iba bien, entonces podía dar el gran salto a Estados Unidos. Claro está que el grado de opio en la bebida azucarada debía ser mínima, no tanto para economizar como para no despertar sospechas del nuevo gobierno de Lázaro Cárdenas, que amenazaba con reformar la vida nacional. También había que renombrar la bebida y, en el tren de regreso, se vino el chino Ching piense y piense en la marca. Antes de cerrar sus oclayos, de por sí cerrados por capricho de su naturaleza asiática, cayó en la cuenta de que no había otro nombre mejor que Ching-on, que aludía tanto a su apellido como al dicho tomado del diccionario de picardía mexicana que refiere a una persona competente en una actividad o rama del saber humano.

Con esa idea llegó el chino Ching a Los Lamentos y la compartió con su esposa, quien estuvo de acuerdo en todo, menos en el pequeño detalle de quién o cómo iban a echarle gas a su Coca-Cola chingona. Dejarían para después la resolución de ese pequeño dilema, pues hacía más sueño que ganas de utilizar la de pensar, así que luego de darse un beso casto se entregaron al sueño que todos los mortales necesitamos, tarde que temprano.



Al día siguiente, doña Cuquita sirvió a su hijo Pachoncho su atole con una raja de canela y dos gordas de maíz para que aguantara la faena que le aguardaba, pues una vez que se supo muy temprano en la misa de seis del padre Melo que el chino Ching había vuelto a Los Lamentos, no había tiempo que perder, así que cuando se empujó el pipirín y se limpió la boca con el dorso de la mano, Pachoncho se echó a andar a casa del chino Ching, que quedaba a un costado de la tienda de Ariché, que aún no abría por ser apenas las ocho de la mañana.

Fue justamente ella quien abrió la puerta con ojos legañosos, los cuales acusaban que todavía no había acabado de abandonar el mundo de Morfeo. Le preguntó al joven que por qué había venido tan temprano, pero pronto Pachoncho le hizo saber que no estaba por el trabajo de mandadero sino para ponerse a las órdenes de su esposo, el chino Ching, de acuerdo con las ídems de su señora madre. La india cerró la puerta para transmitir el mensaje y no la abrió sino un par de horas después. Pachoncho estaba entretenido echándole riscazos al perro del pueblo, Quiereltaco, que más que espantado parecía divertido esquivando las piedras que no lograban lacerar su perrunidad. Así lo demostraba lanzando uno que otro ladrido, que bien podrían ser traducidos como carcajadas, si tuviéramos a la mano un traductor perril-español.

Ariché invitó a su entonces mandadero al interior de la casa, donde el chino Ching ya lo esperaba envuelto en una bata de seda china, china... china legítima. Lo invitó a sentarse y una vez arrellanado su invitado le preguntó si conocía la amapola. El joven respondió que no. Entonces el chino Ching le preguntó si sabía pisar y Pachoncho respondió que no, pero que podía aprender. El chino Ching no pareció convencido, pero hizo una pregunta más:

— ¿Sabes hablar inglés?



Pachoncho no sabía nada lo que se dice nada de inglés. Sabía desde luego por las clases de la profesora Malu que era la lengua de los gringos, que vivían al norte de Los Lamentos, al otro lado de Ciudad Juárez, la última ciudad chihuahuense, pero podía defenderse menos que el perro Quiereltaco, que por lo menos ladra para hacerse entender cuando un cristiano quiere establecer contacto con él. Sin embargo, algo de adentro, que nació en el fondo de sus tripas, de su estómago, de su corazón o de lo que sea que esté más profundo en cualquier humanidad, le hizo decir al chino Ching que sí sabía inglés.

—Sou, toltumi somtin in englisch —preguntó entonces el chino Ching, que era chino pero no tarugo.

Pachoncho ya comenzaba a arrepentirse de su repentina audacia, pero al ver a la india Ariché que pelaba tremendos ojazos un tanto por la curiosidad y otro porque le había agarrado cariño al joven, cobró una suerte de valor inusitada. Respiró hondo y dijo al chino Ching que entendía el inglés, que lo sabía leer, pero todavía se le trababa la lengua para hablarlo. De escribirlo tampoco podía confiarse, pues si siempre había tenido pésima ortografía en español, qué podía esperarse de la lengua gringa.

—Aliché, tlaeme el *El Paso Taims* —ordenó entonces el chino Ching a su mujer. Ariché, que percibió entonces la compunción de Pachoncho, cuyo rostro se había puesto más rojo que los jitomates, dijo que ya estaba bueno, que no hiciera sufrir más al muchacho. El oriental se acarició sus bigotillos divorciados, como podía apreciarse en el surco del filtrum estéril, así como su piocha de poco más de diez centímetros, como buen oriental que era, y al cabo dijo que estaba bien, que volviera al otro día.

Doña Cuquita, que bien sabía dónde escarbar cuando la ocasión lo ameritaba, dijo a su hijo que no sabía quién podía enseñarle la lengua de



los gringos, pero de seguro el padre Melo podía darle un norte, así que fue pues nuestro protagonista donde el padre Melo, que estaba echándose una oración para no variar. Al entrar a la capilla, Pachoncho vio al sacerdote en acto de recogimiento e hizo mutis mientras terminaba su faena espiritual. Al incorporarse y volverse, el padre Melo fue a su encuentro y le preguntó si venía a confesarse. Grande fue su sorpresa al enterarse del motivo de la visita del hijo de Cuquita, su hermana.

—¿Y tú para qué querrías estudiar la lengua de Cheikspir, Pachoncho? —preguntó el padre Melo.

Una vez que le respondió el muchacho, el sacerdote meneó la cabeza y dijo que nada bueno podía esperarse de aquello, pues no le tenía confianza al chino Ching. Para no faltar a la verdad, no le tenía confianza a ningún forastero, pero más a los extranjeros, que nada bueno debían traer a nuestras tierras. Bueno, salvo los españoles, que nos trajeron civilización y evangelización, dijo al muchacho. Luego de un silencio de algunos segundos, el sacerdote cambió abruptamente de tema y le preguntó si siempre sí venía a confesarse por el asunto aquel de su maestra Malu. Le pidió que en esta ocasión no esquivara las balas y que confesara, porque su alma estaba en peligro de achicharrarse en los pozos más calientes del infierno. Le preguntó que a qué había ido la profesora hacía algunas semanas.

—¿Qué día? —preguntó Pachoncho.

—Aquél en el que llevaba un vestido de flores —le respondió el clérigo.

—Ah, pues a saber por qué no había vuelto a la escuela.

—¿Nada más?

—Nada más.



Le dijo entonces que quien podía enseñarle inglés era doña Tremendina la madre del presidente municipal, don Epigmenio, que fuera con ella. De acuerdo con el padre Melo, la señora Tremendina había vivido en su juventud en Albuquerque, una ciudad de Estados Unidos. Pachoncho no dijo que le parecía menos que mala la idea de tomar lecciones de inglés con la doña, porque se la tomaba por bruja. Toda la chamacada de la escuela solía hacer chistes a costillas de la personalidad de la madre del señor presidente municipal, y cada vez que sorprendía a su clase haciendo mofa de la dama, la profesora Malu reconvenía al infractor, porque no se debía tratar con tanto irrespeto a un adulto, mucho menos a una señora de edad venerable.

Doña Tremendina vivía en el centro, en la única casa solariega del pueblo —salvo la de don Epigmenio y doña Carmencita, que también tenía lo suyo—. Pachoncho había escuchado historias terroríficas sobre el interior de la mansión de la doña, como que tenía un perol como el de Jaime, el carnicero, donde arrojaba ingredientes malignos para sus pócimas de horror, como uñas de cerdo remolidas, yerbas machacadas y aceites traídos de quién sabe dónde. Se decía que la vieja sacaba sus recetas de un libro hecho de corteza de cedro y en el que los pentáculos aparecían en caracteres raros y sobre planchas de cobre y, en fin, tenía todo lo relacionado a las artes mágicas.

Del primer encuentro que tuvo con doña Tremendina, justamente se acordó Pachoncho cuando se enteró que un evento inusitado se produjo en Los Lamentos luego de que el sol se acostó atrás de la sierra, como a eso de las siete de la tarde.





El Chaparral, 3

Pachoncho soñó que volvía al terruño con el ánimo de Quiereltaco, que siempre tiene la cola cansada de tanto moverla de emoción y buena disposición, y con el hambre de veintemilalmas para jambarse toda la cazuela de frijoles y veintemilgordas de maíz. Pero al llegar a su jacalito encontraría a su madrecita ovillada en un rincón, temblorosa como una gelatina y temerosa hasta de su propia sombra. Ni siquiera la presencia de su hijo, que ya se había convertido en un hombre hecho y derecho, la calmaría de su penar. A pesar de ello, y debido a que Pachoncho estuvo muelle y muelle para sacarle la sopa lo más suavemente posible, la sacrosanta Cuquita terminaría desembuchando las razones de su agüitamiento: “El gringo tuvo la caridad de mandarme llamar antes de matar al Pancho, tu papá. Era muy de mañana, antes de que tuviera listos los tamales para venderlos en la plaza, pues era domingo y mucha gente iría, como siempre, a oír la misa del padre Melo...”.

Pachoncho despertó más húmedo de sudor que un bracero a media jornada y con el corazón brincando como huerco en el río. Le dolía hartito lo que se dice hartito. Quería hasta darle vacaciones para que se le yurera el dolor, pero eso significaría que dejaría de respirar y, por tanto, mudarse al mundo de las calacas. Así que aguantó vara, como decimos en Los Lamentos.

Para no quitarle demasiado tiempo al lector, diremos que nuestro muchacho estuvo así varios días —o mejor dicho, varias noches—, sueña que sueña con su sacrosanta madre acongojada, pero sin que



la trama onírica llegara a una conclusión, feliz o no. Sólo había avanzado hasta la mentada misa del padre Melo, sin mayor norte.

El acordarse del hombre de fe lamentoense le dio sin embargo la idea de buscar un hombre de fe gringo, pues según recordaba su catecismo, todos los hombres somos hijos de Dios, y si somos todos hijos de Dios, todos los clérigos debían dar los mismos consejos basados en las enseñanzas del hijo del Hombre, razonó Pachoncho. Y en vista de que el padre Melo estaba a muchas millas de distancia, un padre gringo le daría la solución a su conflicto.

Así pues, una vez que le pidió permiso a su patrona, doña Melody, se echó a andar a un templo que ya había visto camino a un mandado, a sólo unas cuadras. Era mediodía y entre semana, así que cuando entró nuestro cuatacho no había ni un alma sentada en la hermosa sillería que sólo alojaba aire. Pachoncho experimentó una sensación de vacío por la decoración de la iglesia, presidida por un sencillito atril, pero sobre todo porque no tenía imágenes de santos ni de la virgencita de Guadalupe o de la virgen María, que para el caso eran lo mismo, pero la morena era de nosotros los mexicanos, y en fin, nada que le recordara la parroquia del padre Melo que, aunque pobre, por lo menos tenía un Jesús tallado en madera que daba pena por verlo llorar en la cruz. Hasta parecía que estaba vivo. Pues no, aquí no había ni un cristo, sólo la cruz pelona de madera lustrosa.

Tampoco vio un confesionario, así que buscó una puerta o ya de perdida una campanilla para llamar al monaguillo, como la teníamos en Los Lamentos cuando se llamaba Los Lamentos. Al poco salió un gringo calvo y anciano, vestido con una túnica negra y cerrada, de cuello alto, recta y larga casi hasta las rodillas. Pachoncho asumió que se trataba del señor cura. En su inglés medio champurrado le explicó que deseaba confesarse y en su español medio champurrado el clérigo



gringo le respondió que allí no se practicaba la unción de los enfermos ni la confirmación ni la eucaristía ni el sacramento del orden sacerdotal ni la reconciliación de la confesión. Sólo podría ayudarlo para bautizarse o para matrimoniarse, que eran los únicos sacramentos ministrados.

Como Pachoncho ya estaba bautizado por el padre Melo, hace ya algunos ayeres, aunque no muchos, y como no estaba en sus planes matrimoniarse próximamente, agradeció al pastor Gregory, que así dijo llamarse el míster, e hizo lo que todo cristiano lamentoense haría en esa situación: inclinarse, tomar la mano del cura y besarla. Pues bien, al míster pastor no le agradó nada la idea y la retiró como si le hubieran acercado lumbre. Pachoncho peló tremendos oclayos por la reacción del hombre de fe y se puso del color de la pitaya, pero de inmediato el clérigo le puso la mano sobre el hombro y le dijo que no malinterpretara la situación, que no se apartó por asco o porque estuviera muy mugroso nuestro parna de tez cobriza, como casi somos todos los que nos tocó nacer en esta parte del mundo.

Lo invitó a sentarse en una de las muchas bancas vacías del templo. Le dijo que el catolicismo, que así llamamos en México a nuestra fe, había ido perdiendo su contenido con el paso de los años. Esto no lo entendió nuestro amigo, porque no sabía que la fe católica era un contenedor, pero siguió el hilo discursivo del clérigo, que bonachonamente soltó la sin hueso para decirle, delicadamente, si se nos permite esta expresión porque no hay manera delicada de hablar de la fe de otra gente porque luego luego surgen las riñas, que los católicos de hoy en día son pobres en sus doctrinas y en sus sacramentos, pero ricos en marmaja. Casi casi les dijo sanguijuelas porque cobraban por uncir enfermos, por confirmar, por bautizar e inclusive habían creado



un sistema de remisión ante Dios de la pena temporal por los pecados que llamaron indulgencias, a fin de administrar la redención.

Para su mayor ilustración, contaremos al lector que, cuando eran jóvenes, doña Cuquita y don Pancho se llamaban Cuquita y Panchito, y a esa tierna edad ya comenzaba a inflamarse en éste el deseo de incursionar en el terreno del noviazgo. Panchito estaba lo que se dice enamorado por la jovencita, pero nunca tenía ocasión de verla a solas, porque cuando salía de su casa, lo hacía en compañía de su sacrosanta madre, como bien dictaban las buenas costumbres lamentenses, y solamente a la parroquia, donde cantaba alabanzas, rezaba el rosario e impartía doctrina.

Así pues, la única manera que encontró el futuro papá de nuestro protagonista fue meterse a monaguillo del padre Melo que, aunque dudó no tanto de las buenas intenciones del muchacho como de su vocación religiosa, le permitió ayudarlo en los servicios religiosos. En menos de lo que canta un gallo, Panchito tanteó el terreno y de buenas a primeras comenzó su escarceo amoroso, no sin cierta resistencia de Cuquita que, por pudor y porque así había sido educada por el padre Melo, su hermano, no tenía edad para noviar.

Pero ya sabemos que, como bien dice el dicho, el que persevera alcanza y pues Panchito alcanzó la gloria de una relación amorosa con la jovencita Cuquita, que poco a poco fue bajando la guardia hasta que se dejó robar unos picoretos castos. Desde luego que Panchito, como todo joven impetuoso, estaba como burro sin mecate, así que poco le supieron los besos de Cuquita y en cada nuevo encuentro hacía escaramuzas amorosas más aventadas, que ruborizaban a la jovencita. Un día, Panchito le dijo que le invitaba un helado, pero Cuquita se negó. Le dijo que no podía porque tenía que cantar las alabanzas, que significaban diez indulgencias; dar doctrina a la chamacada que pronto haría



su primera comunión, por la cual le darían veinte indulgencias, y rezar el rosario, por la cual recibiría cincuenta indulgencias. ¿Y eso con qué se come?, preguntó Panchito. La jovencita retiró las manos traviesas de su novio y le dijo que necesitaba muchas indulgencias, pues cada vez que Panchito se ponía ardoroso el demonio se estaba llevando su alma. “¿Tú crees que cuando te pones de tentón y me besas no es pecado?”, reprochó Cuquita.

Pero volvamos a las vicisitudes de nuestro querido Pachoncho, en cuya mente quedó sembrada la idea de que tal vez el míster cura tenía razón en que a los católicos se les había ido la olla. El caso es que si no podía confesarse, por lo menos podía lanzar sus penas al viento, como quien dice, y esperar un sabio consejo del pastor Gregory. El hombre de fe gringo, luego de escuchar con paciencia monástica la historia de nuestro protagonista, le dijo que la respuesta estaba en su corazón y que al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, cosa que no comprendió en ese momento Pachoncho, pero por lo menos se le fue un poco la opresión del pecho.

La ma'am Melody, que se había hecho de la vista gorda, llegó a un punto en que su boca se negó a mantenerse cerrada y propuso a Pachoncho que reconsiderara la oferta del míster Desmond, o sea, dejarse hipnotizar pero con la ayuda de la dormilona. Pero ya sabemos que el carácter de nuestro protagonista ya era desde aquella época fuerte como las piedras de Los Lamentos y dijo que nanay, que nada de esa mugre. Que prefería seguir así como estaba o, mejor aún, volverse a Los Lamentos para desengañarse. Aunque esto último —y bien lo sabía Pachoncho— era prácticamente imposible, por los desafortunados sucesos que provocaron que pusiera tierra de por medio y moviera sus pellejos con todo y huesos a El Chaparral, oficialmente para buscar a Pancho, su papá.



También le ahorraremos al lector los detalles de todas las sesiones hipnóticas en las que tanto Pachoncho fracasó en relajarse y mister Desmond en que el muchacho le aceptara una fumadita de dormilona. Al cabo, y cansado de la misma cantaleta, el mister dijo que ya no podría aceptar al joven mexicano como paciente, dada la imposibilidad de que se relajara. Cabe señalar que en la última ocasión había desistido del opio y ofreció en cambio tabaco, una copa de güisqui, que es un aguardiente que entra como lava por el cogote, un coñaquito, que es también un emborrachador pero más suave, y a todo se rehusó el muchacho. Después de todo, doña Cuquita lo había educado cristianamente.

El último recurso era hacerse hombre, sentenció mister Desmond una vez que la ma'am Melody rogó por una última oportunidad.

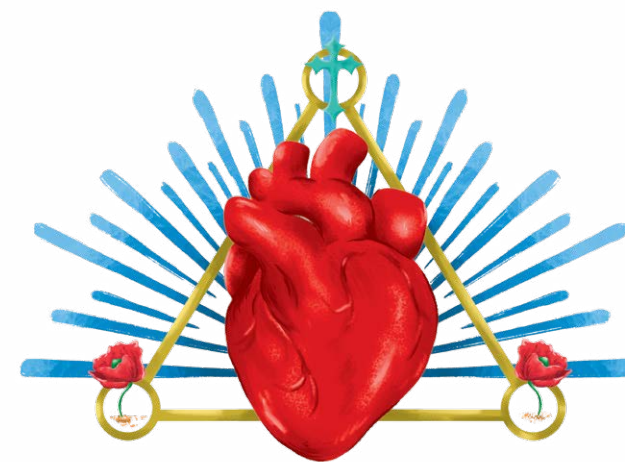
—¿Una guerl tú conoces que ayude, Panchou? ¿Una? —preguntó la doña.

Por supuesto que Pachoncho se acordó de Madonna, la simpaticona y lanzada hija del señore Almagri, su antiguo patrón, que como el lector recordará, de eso pedía su limosna. Pero a pesar de que estuvo fuertemente tentado, como Quiereltaco por el mendrugo que dejaba uno olvidado en la mesa, terminó por desechar la idea. No es que le dieran ganas de hacerle fuchi a la *ragatza* que, como ya dijimos, estaba más o menos de buen ver y mejor tocar. Sobre todo, ya había dado muestras de dar salida al fuego de su natural y mal cuidada apetencia sexual. No, pues si todavía recordaba cuando su mano reposó unos instantes en el seno mullido y tibio, que hizo que pelara ojitos como borrego a medio morir. En resumidas cuentas, fuchi no era sino miedo por condenarse al infierno, ya que era pecado tomar mujer sin haber pasado antes por la parroquia. Así se lo hizo saber a la doña Melody y a mister Desmond.



Allá en el gabacho, como el lector ya está enterado, las costumbres son diferentes a las de este lado del río, como Quiereltaco al Popi, el chucho de un vecino de doña Melody, así que no se sorprenda cuando digamos que para estos personajes secundarios darle vuelo a la hilacha con Madonna no era pecado ni mucho menos. En todo caso, era hacerle un favor, ya que era más que obvio que pedía a gritos calmar su sed erótica con los efluvios de Pachoncho.

Para no hacer más cansado este episodio, zanjaremos este asunto diciendo que a la parroquia de la Madonna le llegó finalmente su festita, para gran regocijo suyo y, desde luego, de Pachoncho, que por fin pudo relajarse y entregarse a la sesión hipnótica.





El Paso, 3

Don Pancho siempre supo que el modo de hacer la vida no sería por medio de su cabeza como de sus manos. Sin embargo, la de pensar sí le sirvió para caer en la cuenta de que no sería bueno seguir trabajando para doña Nacha, a pesar de que se había ganado su confianza. Como el lector recordará, en un episodio contamos que nuestro paisano acompañó al Robert a Ciudad Juárez con un envoltorio lleno de dolarucos, que son los billetes gringos. Después de que se puso chango cuando el Curtis y su pandilla quisieron llevarse la marmaja, y los noqueó a porrazo limpio, regresaron el Robert y el Miliano. Éste dijo:

—Mire nomás cómo los dejó, paisa. Como santos cristos —y soltó una carcajada—. De haber sabido le mandamos más guarros.

Pues resulta que todo había sido un borlote en vano, porque el Robert y el Miliano se habían puesto de acuerdo para poner a prueba la honestidad de don Pancho, así que mandaron a unos vecinos a hacer la faramalla de que iban a birlar el billete, a ver cómo reaccionaba nuestro cuate. Jamás se imaginaron la maraquiza que les despacharía a los batos, pero el Robert quedó más que satisfecho.

Así fue como don Pancho se convirtió en el hombre que pagaba la raya a los paisas de Ciudad Juárez que cultivaban las milpitas de doña Nacha. Llegaba los sábados a la casa del Miliano y ya estaba formada la tropa de agricultores que con lágrimas en los oclayos recibían emocionados diez dolaritos por choya, que en nuestro suelo patrio



eran veinte pesotes, lo que rendía un titipuchal, para comer con manteca, como se dice.

Todo mundo hablaba maravillas de la patrona. Que qué buena era la doña, que qué alma caritativa le dio Dios, etecé. A don Pancho jamás le había pasado por la cabeza que doña Nacha era una malandra. Pero nuestros parnas agricultores, como todas las gentes cuando no tienen qué hacer, les da por soltar la sinhueso. Antes de retacharse pa' los Yunaites escuchó que unos parnas hablaban de El Pablote, que era la media costilla de doña Nacha, difunto ya hace algunos ayeres. Según esto, era un bato malaveriguado, cuyo carácter era festivo, entrón y abusivo. Le gustaba despilfarrar tanto dólares como pesos y pegarse largas parrandas. Intrigado, don Pancho volvió sobre sus pasos y preguntó a los jornaleros qué había sido del consorte de doña Nacha.

—Uy, parna. ¿Pos qué no se sabe la historia?

Ante la negativa de nuestro paisano, que se encogió de hombros para robustecer su respuesta, le fue contado que cierto día, El Pablote, que ya se le andaban quemando las habas por refrescarse el gañote, se metió a una cantina para darle rienda suelta a su apetito etílico. Pues bien, de buenas a primeras se hizo de palabras —sepa Dios por qué— con un gendarme, hasta que éste no aguantó más, le vació su pistola y lo mandó a calacas. A raíz de eso le compusieron una canción, que medio entonó el paisa lenguasuelta de esta guisa:

Señores, voy a cantarles
con una expresión muy fina
las hazañas del Pablote
que era rey de la morfina.



Siempre andaba emparrandado
derrochando su dinero
con la pistola en la mano
desafiando al mundo entero.

No había quien se le parara
hasta ni la policía
yo creo gozaba de fuero
porque hacía lo que él quería.

9 de octubre en la noche
yo les voy a recordar
que se encontraba El Pablote
tomando en El Popular.

Allí sacó su pistola
Empuñándola en la mano
Yo estoy dispuesto a almorzar
Tecolote muy temprano.

El especial que allí estaba
como era un hombre de acción
al ver que estaba borracho
casi ni puso atención.

Pero Pablo le tiró
también le empezó a tirar
cayendo El Pablote herido.



Se hizo el segundo disparo
el corazón le partió
se acabaron las hazañas
El Pablote ahí murió.

A don Pancho se le erizó el pelambre de la de pensar, de los brazos y prácticamente de todo su cuerpo de alfeñique al escuchar la historia de la media costilla de doña Nacha, sobre todo cuando le preguntó al paisa qué era la morfina y éste le dijo que era una cosa muy mala para la salud de las gentes. Luego no se aguantó las ganas y preguntó que si cultivaban la mentada morfina en las milpitas de la patrona.

—Ay no, mi amigo. Aquí sembramos marihuana.

Horrorizado, don Pancho se devolvió a El Paso como alma que lleva el diablo, porque como bien pensó, no era bueno seguir a las órdenes de doña Nacha. Cuánto no sería su espanto que cuando llegó se le olvidó que sus huesos casi casi se estaban comiendo entre ellos y le preguntó al Robert el paradero de la patrona. El gringo, que ya se había hecho cuatezón del papá de Pachoncho, notó que estaba espantado como Quiereltaco cuando doña Cuquita le tiraba un riscazo, cosa que le dio mala espina.

Tuvo que pasar una semana para que doña Nacha le hiciera la caridad de darle audiencia, dizque porque estaba ocupada en otros bisnes. Don Pancho, que ya estaba bien chungo y tarde se le hacía para devolverse de una vez por todas a sus patrios lares, tragó saliva y lo más sincero pero firme que pudo le dijo que hasta aquí llegaba, que muchas gracias por el apoyo y todo eso, pero que ya extrañaba a su consorte, doña Cuquita, mamá de nuestro célebre Pachoncho, y que la vida en los Yunaites no era para él, aun y cuando se barrieran los dólares con escoba.



Doña Nacha se acarició la papada, como era su costumbre cuando ponía a trabajar la de pensar, y antes de que le saliera humo por las orejas preguntó que si no estaba a gusto, a lo que don Pancho dijo que no, o bueno, que sí, que estaba muy a gusto ganándose los pesos gringos con el sudor de sus pedales, que no de su frente, y que no quería ser desagradecido y nada de eso, pero así era la vida y todo lo que comienza tiene que terminar. Después se empelotó tanto con el jaleo del lenguaje enrevesado que terminó por soltar la sopa, pues habrá que decir que tenía el alma tan pura como la de un recién nacido y sentía que pecaba si no decía la verdad.

Doña Nacha le preguntó que si acaso en estas pocas semanas de chamba lo había obligado a hacer algo malo o ilegal, y don Pancho dijo que no. Luego le preguntó que si entregar la raya a los jornaleros del otro lado del río, allá en Juárez, era malo, y don Pancho dijo que no. Luego le preguntó que si él mismo con sus propios oclayos había visto algo ilegal en el flamante restaurante o en cualquier otro local de la doña —tenía también una lavandería—, y don Pancho dijo que no. ¿Entonces? ¿Guásumara? ¿Dónde estaba el tróbul? Don Pancho dijo que la marihuana, el opio y la formina o morfina o lo que quiera que fuera esa cosa eran malas para las gentes.

Se puso rojo como jitomate culichi cuando la doña le dijo que sí, que lo dejaba volverse a sus patrios lares a seguir muriéndose de hambre —ah, pero con la conciencia tranquila, pensó don Pancho—, pero que antes lo acompañara a visitar a un socio que acababa de montar su negocio en El Paso, un fumadero de opio para mayor señal.

Durante el camino le dijo que el opio, que en nuestro terruño llamamos dormilona, también es considerado una droga y, por lo tanto, dañina para las gentes, pero que ésas eran habladurías de gente supersticiosa y fanática. Estados Unidos era un país avanzado y sus



gentes leídas y esrebidas, por lo que seguramente eso de que les hace daño no eran sino dichos de ignorantes. En todo caso, fumar dormilona produce una sensación de alivio, particularmente a las personas que están enfermas.

—¿Qué no ves que inclusive a las boticas de este país se le llaman drogstor? No todas las drogas son malas, Panchito —le dijo doña Nacha.

En cuanto ingresaron a un local brumoso, a don Pancho le dieron ganas de vaciar el estómago porque el humo de la dormilona era nauseabundo. Vio cómo estaban desparramados los cuerpos de varios gringos tumbados, ora en literas, ora en el suelo. Los oclayos de los fumadores estaban como ausentes de su encargo de mirar, además de que parecían resentidos o desazonados.

A continuación, doña Nacha le ordenó que la esperara mientras ella pasaba a la trastienda para hablar con el dueño, que era un chino que primero importaba la dormilona de Los Lamentos y luego comenzó a cultivarla en Ciudad Juárez. Así es, querido lector, era ni más ni menos que el chino Ching, ese malandro que ya había sembrado el veneno en nuestro amado terruño. En cuanto lo vio asomarse lo reconoció, pero al no saber cómo reaccionar se quedó congelado como cuando a Quiereltaco lo cachaban robándose una tortilla. En todo caso, no tuvo tiempo para nada más porque doña Nacha dijo que iba al baño y, en menos de lo que canta un gallo, aparecieron de todos lados gendarmes gringos a llevarse a la cárcel a toda alma humana alojada en el interior del fumadero, hubieran consumido o no.





Los Lamentos, 4

Eran las siete de la tarde cuando doña Cuquita, la mamá de Pachoncho, entró al jacal de doña Conchita y la vio convertida en una gallina, así que el alma casi se le escurre del cuerpo. Estaba a punto de entregarse al sueño reparador que tarde que temprano todos los que camellamos necesitamos, cuando escuchó ruidos extraños que venían del jacal de enfrente. Como recordaremos, doña Conchita era vecina de doña Cuquita, y como en Los Lamentos los jacales están juntos con pegados, pues el lector podrá coincidir con nosotros en que la mamá de nuestro protagonista escuchó clarísimo los cocorocó justo antes de que estirara los pellejos en su catre.

Movida por la curiosidad, porque según esto doña Conchita no tenía ningún animalito en sus dominios, doña Cuquita se volvió a vestir y salió para preguntar a su comadre si por fin había logrado comprar una gallina que le diera un huevito diario para almorzar. En los últimos tiempos, doña Conchita había pasado las de Caín porque a don Heladio, su marido, se le iban ya las cabras al monte o, de modo más piadoso y cristiano, se le estaban olvidando las cosas. Un día, de repente, sin decir agua va, se le olvidó retirar el atole del fogón — como le había pedido su esposa antes de ir al mercado por un par de jitomates y una cebolla para la sopa— y el asunto se le convirtió en engrudo. Doña Conchita atribuyó este hecho a dos cosas: primero, a que don Heladio aún no superaba el accidente por el cual una de sus piernas



había quedado inutilizada y, segundo, a su condición decrepita y achacosa.

No pudo sin embargo comprobarlo, y para el caso daba igual. Quizás era una conjunción de ambas cosas. El caso es que encontró a su consorte en posición de Dios nos libre cuando regresó del mercado y apenas tuvo tiempo para apagar el fogón antes de que causara una desgracia que lamentaran los lamentoenses. A veces regresaba de la calle doña Conchita y encontraba a don Heladio echando la mona como niño de brazos, y así ni quien dijera nada, pero cuando regresó aquella tarde casi se le sale el corazón y hasta las tripas, puede decirse. El don estaba no sólo echando la mona, sino babeando como infante de teta. Doña Conchita se le acercó para limpiarle la saliva y luego le dio un beso casto en la frente. Cuando él no la reconoció, supo que ya no había marcha atrás.

Después de ese evento, don Heladio pareció recobrar esa identidad por la cual los lamentoenses le conocían, como hombre recio pero de carácter apacible. Todavía se dio tiempo para reconocer a Pachoncho cuando se incorporó como ayudante en la tiendita que había montado doña Conchita, pero una semana después se puso como cabra suelta cuando el joven se presentó en la tienda para barrer. No solamente lo desconoció, sino que agarró una escoba e intentó sorrappearle la cabeza para que se marchara. Pachoncho sólo atinó a agacharse para que no le sorrajara la de pensar, pero fue suficiente para que don Heladio no lo mandara al dispensario con chipote sangrante. Se hizo tal alboroto que doña Conchita apareció de repente en la tienda y vio cómo Pachoncho estaba como colibrí zigzagueante, esquivando la madera que le propinaba el marido de su patrona.

Ya no dio para más después de aquello. Don Heladio cayó en un sopor tal que podía decirse que volvió no sólo a la infancia sino a la



lactancia, pues de plano desconocía hasta a la mosca que le rondaba los pelos de la oreja, así que doña Conchita volvió a acordarse de cuando le daba su papilla a Tobías, su hijo, que ahora era el cantinero del pueblo y padre de Patricio, el condiscípulo de Pachoncho que se había quedado con la estafeta del alumno más viejo de la profesora Malu.

Tobías se había desentendido de sus viejos desde hacía tiempo. Cuando tuvo edad suficiente para saber que podía rezongarle a sus padres y echarse a correr sin temor de que lo alcanzaran y le dieran un tentetieso, se juyó un tiempito a los Yunaites, regresó con una buena morralla y montó su cantina, que le daba buenas rentas.

Pero volvamos con doña Cuquita. Decíamos que había encontrado a doña Conchita cocoroqueando. No piense sin embargo el lector que la vecina de la mamá de nuestro héroe se había transformado en un ave doméstica de plumaje abundante y que, bendito Dios, nos obsequia todos los días los huevos destinados a nuestra nutrición desértica. Lo que doña Conchita hacía era sentirse una galliforme: batía con fuerza sus brazos doblados como si fueran alas, obviamente sin alzar el vuelo, válgame Dios, y picaba con fruición el suelo terroso con su nariz, de tal suerte que ya se le estaba escurriendo el mole. En cuanto notó la presencia de su vecina, doña Cuquita, hizo como que no la vio, o la vio y no se preocupó, y siguió encajando la de oler en la tierra.

La madre de nuestro cuatacho se acuclilló lentamente para no perturbarla, pero en cuanto estuvo a una uña de tocarla, doña Conchita salió despedida como si la hubieran descabezado. Así estuvieron un rato las matronas, una intentando la pepena y la otra escurriéndose como agua de las manos, así que doña Cuquita no tuvo más remedio que llenar una cubeta de agua y arrojársela como si fuera sábado de Gloria, que por cierto no era. Luego de secarle el pelambre, la miró a los ojos, que estaban idos, y la zarandó para que reaccionara.



Al poco, fue regresando al mundo de los lúcidos y terminó por reconocer a doña Cuquita.

—¿Pos qué le pasó, comadre? —preguntó la mamá de nuestro paisano. Pero fue como llamar a misa en el desierto, porque doña Conchita preguntó por su consorte, don Heladio, que por fortuna dormía la mona plácidamente en su catre.

—Véalo, comadre. Pobrecito de mi Heladio. Ya no era vida la suya. La primera cosa que pensé cuando lo vi privado de lo que estaba viviendo era justamente eso: que mi viejo sólo estaba pensando y que ya no vivía. Pensé que dejó de molestarle la muela, que a últimas le estaba dando lata, porque ya no sentía. Pensé que ya ni siquiera tenía ganas de llenarse los pulmones de aire puro. En resumidas cuentas, lo único que podía seguir haciendo era pensar. Por eso le di la Coca-Cola con dormilona, que me dio la esposa del chino Ching. Me dijo que tenía propiedades curativas. Y como a últimas me estaba dando más dolor por mis reumas, pues también me despaché.

Esa anécdota fue retomada por el padre Melo en su sermón al que convocó como de rayo, a pesar de que ya se estaba ocultando la cobija de los pobres, que es el sol, inmediatamente después de que un parroquiano le fuera con la noticia, como si tuviera lumbre en salva-seal aparte. Aunque tuvo la caridad de guardar la identidad de la protagonista del episodio gallineril, Los Lamentos era un pueblo de un puñado de gentes y prácticamente todo se sabía, pues bien dicen que pueblo chico, infierno grande.

Lo preocupante era que no se trataba de un caso aislado. Tobías, el cantinero del pueblo, tenía los nervios destrozados por no poder pegar oreja, ya que se desvelaba mucho para poder complacer la sed de nuestros parroquianos; a Jaime, el carnicero, se le habían comenzado a enchuecar los dedos, e inclusive don Epigmenio, el presidente



municipal, había sido también víctima del engatusador oriental y de su costilla, la india tarahumara llamada Ariché.

Como ni el chino ni la india eran cristianos, no estaban presentes cuando se despepitó todo el asunto en la parroquia del padre Melo a esas horas de la noche, y qué mejor, pensaron las buenas conciencias de Los Lamentos, pues así podrían darle vuelo a la hilacha para seguir hablando sin la incomodidad que produce que guardes la sinhueso delante de los mentados.

El padre Melo se puso como chango cuando, después de haber hecho cuentas, contó a cuarenta y cinco gentes que habían consumido la Coca-Cola dormilona a escondidas del Señor, lo que significaba casi la mitad de Los Lamentos, así que después de ponerles una regañina como Santo Cristo a los mercaderes, les impuso como penitencia el doble de diezmo, veinte avemarías, cuarenta padrenuestros y lo que se fuera acumulando una vez que se le hubiera pasado la muina.

A continuación ordenó a su grey que trajera del chongo a los imputados del delito de enervar las buenas mentes de los lamentoenses. De no haber sido cura, hubiera convocado a pasar por las armas a los envenenadores, aunque ya sabe el lector, si es que recuerda sus lecciones patrias, que otro cura, éste de nombre Miguel y de apellido Hidalgo y Costilla, sí mandó pasar por las armas a muchas gentes, aunque por otras razones. Pero bueno, éstos eran ya otros tiempos; inclusive la revolución iniciada por don Panchito Madero ya parecía muy lejana. Estábamos en tiempos de modernidad, de prosperidad, palabra empeñada por Tata Cárdenas, así que la idea de ese acto de barbarie que revoloteó como mosca en la cabeza del párroco era inconcebible en estos tiempos de civilización. Lo que sí es que los mandó traer, como ya dijimos, aunque fuera de las orejas, a efecto de que rindieran cuentas no tanto a las leyes humanas como a las divinas,



pues habrá que decir que don Epigmenio, representante de la ley, también era un infractor y, por tanto, bonito se hubiera visto dando lecciones de moral.

Hasta este trecho de la historia la idea del padre Melo sonaba muy bien, pero Pachoncho, nuestro prócer, que, aunque huerco ya podía distinguir la cara del hereje, se escurrió felinamente entre las bancas de la parroquia y, una vez en el atrio, pegó tal carrera que sorprendería al tal Yesi Ógüens, que recientito, al otro lado del océano, había ganado una competencia en una ciudad llamada Berlín, de una tal Alemania.

Efectivamente, nuestro cuate Pachoncho, de alma pura, ya imaginaba que las gentes terminarían por encorajinarse y hasta eran capaces de prender leña a la casa del chino con todo y sus moradores. Todo era posible en vista de que las almas buscaban expiación. Pero no nos adelantemos. Sigamos a Pachoncho, que es de tranco largo y no se nos vaya a perder.

Llegó nuestro amigo a la casita del chino Ching, quien para fortuna suya estaba del otro lado del río, allá en los Yunaites, pero quien realmente era motivo de su preocupación era Ariché, la bella india tarahumara, a quien deseaba proteger a toda costa.

—Por Dios, Pachonchito, se te va a salir el corazón —dijo la joven tarahumara en cuanto vio al joven cuyo corazón brincaba desafortunadamente, ora por el esfuerzo carreril, ora por el sentimiento de simpatía que le provocaba la muchacha.

Después de que recuperó el aliento, el joven lamentoense despepitó lo que había escuchado en la parroquia del padre Melo, lo cual Ariché agradeció desde su corazón tarahumara. Sin embargo, le advirtió que había arriesgado el pellejo de más, pues justamente estaba juntando sus trapitos para alcanzar a su consorte al otro lado del Bravo, en



vista de que el consumo en Los Lamentos no daba para pegarse la vida que se habían imaginado. Para corresponder a la caridad de haber sido avisada de lo que podría avecinarse, que era enfrentar la ira de la chusma lamentoense, dijo a Pachoncho que le daría un regalo. Le pidió que cerrara los ojos, cosa que hizo diligentemente nuestro muchacho. A continuación realizó un ritual incomprensible para este narrador no tanto por su descripción como por sus efectos. Lo cierto es que hizo unos cánticos en su lengua nativa y unos bamboleos dancísticos. Luego le entregó un pocillo.

A pesar de que sentía aprecio por la rarámuri, que así les llamamos a los tarahumaras o a la viceversa, porque según esto primero fue lo primero, Pachoncho desconfió del contenido de la jícara, pero preguntó que qué debía hacer con eso. Ariché le acarició la cabeza como se le acaricia a un ser querido y le dijo que contenía el resultado de moler hikuli, un cactus que Pachoncho identificó, pero ignoraba sus efectos.

—Bébelo cuando quieras encontrar una respuesta a una pregunta imposible—le dijo la joven.

Nuestro protagonista siguió con la vista la silueta de Ariché que poco a poco fue haciéndose más chiquita en el horizonte desértico —y casi nocturno— cubierto de dunas, víboras, cactáceas y huizaches, hasta que desapareció. Observó la vasija de güira y estuvo tentado a abrirla, pero para derramarla en el suelo desértico, que siempre llora por agua, pero no pudo hacerlo porque en ese momento llamó su atención una confusión de voces altas y desentonadas que venían del pueblo. Era, tal y como se lo imaginaba, la chusma enardecida que quería pepenar a los envenenadores.

—¡Miren! —señaló Tobías, el cantinero, que pasaba malas noches por no poder pegar oreja.



— ¡Es Pachoncho! — chilló Jaime, el carnicero, que no podía señalar por sus dedos ya torcidos.

— ¿Dónde están el chino y su mujer, muchacho? Tú les avisaste, ¿verdad? — terció doña Conchita, que ya no se sentía gallina sino gallo encrespado.

Entre la chusma estaba doña Cuquita, que dicho sea de paso no venía changa pero sí preocupada, porque conociendo a su muchacho como la palma de su mano, ya se imaginaba lo que ahora confirmaban sus oclayos. Con voz entrecortada trató de disuadir a las gentes que estaban más bravas que un chile toreado y molcajeteado, pero bien dicen nuestros ancianos, que han cobrado sabiduría con el paso de los años, no de modo gratuito, que el ser humano es inteligente pero la chusma no, así que de nada valieron los gritos de la venerable mamá de Pachoncho, y antes de que un cristiano le sorrajara la cabeza con un palo, alcanzó a gritarle a su muchacho que se pelara pa'l norte, que buscara a su papá y que, si regresaba, volviera con él, no solo.

Así, nuestro cuatacho no tuvo más remedio que decir mejor aquí corrió que aquí murió, soltó la jícara de hikuli y, en menos de lo que canta un gallo, ya estaba donde se torcía la tierra. El padre Melo, que siempre sí acompañó a sus feligreses, no tanto para cuidar su conducta como para ser el primer fustigador de quienes habían osado con envenenar el alma de los lamentoenses, destapó la jícara.

— ¿Qué es, padrecito? — preguntó don Epigmenio, el presidente municipal, que aunque avergonzado de su conducta más eran sus ganas de chisme.

— Hikuli — respondió lacónico el religioso—. O sea, peyote. No cabe duda, además de calenturiento, Pachoncho es un drogadicto.





El Chaparral, 4

A pesar de que estamos recién pasando la mitad del siglo veinte y se puede decir que ya no hay nada nuevo bajo el sol en los tiempos de modernidad que nos ha tocado vivir, habrá que asentar en esta historia verídica de Pachoncho que nos siguen sorprendiendo ciertos hechos dizque científicos. Aunque en lo personal no me creo eso de la hipnosis, que dizque es ciencia, pues más bien suena a cosas de superchería y de brujas y de chamanes y de artes oscuras, Pachoncho, que es nuestro héroe pero también es humano y tiene defectos, sí lo creyó, como la luna al sol cuando éste le dice que volverá a darle cobija a los pobres a la mañana siguiente.

No quiero influir en la opinión del amable lector, porque en todo caso las luces de los leídos y escritos me quedan lejísimas, como un buen almuerzo a Quiereltaco, nuestro chuchito lamentoense, y bien dicen en el pueblo que si dos perros corretean a una liebre y el de adelante no la alcanza, pues el de atrás menos. Dispense el lector, pero este narrador anda como anda porque es como es.

Nos desembarazamos de estos pensamientos dizque filosóficos para entrarle, como Quiereltaco al hueso de buey, al episodio en el que nuestro héroe Pachoncho se metió a la hipnosis del mister Desmond, luego de que sosegó un poco su temple gracias a la caritativa asistencia de Madonna, que de eso pedía su limosna, como ya habíamos dicho. Por pudor omitimos los detalles de este encuentro, no exento de cariño, es verdad, y el lector debe ser comprensivo y entender que, aun cuando



nuestra santa Iglesia, en traje del padre Melo, tiene toda la autoridad de reprender a nuestro protagonista por ceder a la concupiscencia y haberle entrado al terreno del pecado, Pachoncho no es más que un ser humano, como usted y como yo, además de que queremos dejar testimonio para la historia patria olvideña de que ni todos los villanos son malos ni todos los héroes son buenos.

Pues bien, decíamos que nuestro protagonista, al no ver calmada su ansiedad por sueños que recordaba a trozos, fue convencido de someterse a la intervención del amigo de su patrona Melody, el mentado míster Desmond. Las sesiones fueron más o menos de la siguiente manera.

Según su ciencia, míster Desmond debía alejar a Pachoncho del mundo en el que vivimos, a través de algo que llamó inducción, que es como hacerle olvidar las cosas que uno está pensando para atender la voz cantante. Así pues, flojito y cooperando, nuestro cuatacho se sumergió en el mundo del inconsciente para que soltara la sopa y que el terapeuta entendiera por qué andaba tan sin hallarse la catadura o, para decirlo más claramente, por qué andaba como Quiereltaco sin cola.

Habría que advertir que no fue uno, sino varios los encuentros hitópnicos para que don míster Desmond terminara de tejer toda la trama de los hilos arrebuados del joven mexicano cuya alma poco a poco fue encontrando reposo. En resumidas cuentas, le fue dicho como conclusión clínica que su perturbación se debía a que temía por la integridad de su mamacita, y pues el lector estará de acuerdo con nosotros en que para eso no era necesario adormecerlo, pues era como decir que es más fácil aceptar la muerte si no la ve uno venir, es decir, pura baba de perico.

Lo que interesa para este relato es que concluyó que Pachoncho era un alma vieja. ¿Qué significaba eso?, se preguntó el muchacho.



Míster Desmond le dijo que las gentes que tienen alma vieja han recorrido muchos caminos y vivieron muchas vidas diferentes, aunque no consigan recordar ninguna. Las almas viejas acumulan una tremenda experiencia y desarrollo espiritual, por lo que estaban llamadas a influir en el mundo gracias a la sabiduría acumulada en todas esas existencias.

Nuestro protagonista, que podemos decir siempre fue respetuoso, no pudo contener una risa, pero era más de vergüenza que de burla, porque bien sabía que la profesora Malu no estaría tan de acuerdo con eso de que era un huerco sabio. A duras penas había logrado pasar tercero de primaria, así que nada de sabio ni qué las hilachas. Inclusive Pachoncho pensó que Quiereltaco era más inteligente que él, pues por lo menos sabía cuando alguien quería lanzarle un riscazo antes de que sucediera y se juyía como alma que lleva el diablo.

Míster Desmond pareció adivinar el recelo del muchacho, así que le preguntó si le interesaban la fama, la fortuna y la riqueza, a lo que Pachoncho respondió que no. Luego le preguntó que si las gentes de su pueblo, sin motivo aparente, se le acercaban para contarle sus problemas, a lo que Pachoncho respondió que sí. Nuestro protagonista se acordó de su cuatacho Patricio, el hijo de Tobías, el carnicero; se acordó de la profesora Malu, que a veces lo agarraba de paño de lágrimas porque ah, cómo era difícil que la chamacada cachara las lecciones, y se acordó también de Ariché, la india tarahumara, que a veces le contaba que se sentía muy sola porque el chino Ching viajaba mucho. Tenía la ilusión de sentar sus reales en los Yunaites y probar sus famosísimos jatdogs, que consisten en un pedazo de puerco hecho churro envuelto en un pan alargado, según le había dicho su marido.

Luego, el hipnotista le preguntó si le gustaba criticar a las gentes, ora por sus virtudes, ora por sus defectos. Y como Pachoncho respondió también que nanay, entonces todo eso significaba que era un alma



vieja y no necesitaba saber nada más, salvo que, debido a la pureza de alma, estaba llamado a hacer historia.

Algo que no sabía nuestro protagonista era que míster Desmond en realidad era mesié Desmond, es decir, que había nacido en Francia, en 1873 para mayor norte. En una escuela de París conoció a Francisco, un joven mexicano coahuilense, con quien estrechó lazos de cuatachismo, porque ambos estaban encandilados con la idea de que se podía hablar con los espíritus, que según esto sí consiguieron. Luego, mesié Desmond y el tocayo de Pachoncho, es decir, Francisco, viajaron juntos a los Yunaites y practicaron eso de platicar con las almas hasta que un día se separaron quién sabe por qué razones, pero el caso es que Francisco se devolvió a los patrios lares dizque a hacerse cargo de su hacienda, lo cierto es que siguió dedicándose a la doctrina espiritista al grado que llegó a platicar primero con su carnalito Raúl, muerto trágicamente años atrás, y luego con un tal José. Según esto, los personajes desencarnados le revelaron un camello casi imposible: salvar a la patria de la dictadura del presidente de aquella época, Porfirio Díaz. Para ello era necesario que no mirase con desdén los dictados del más allá y obedeciera.

A continuación, mesié Desmond dijo a Pachoncho que él podía entrar en contacto con Francisco, que había pasado a mejor vida en 1913, es decir, nueve años antes de que nuestro protagonista pegara sus primeros gritos en este mundo luego de que Cuquita lo expulsara de sus entrañas en su jacal de Los Lamentos. Siempre es más fácil decir qué hacer, pensó nuestro cuatacho, pues como que no estaba muy convencido de que estas artes espiritistas fueran ciertas como el sol que se pone todas las tardes para mimir. Sin embargo, confió en el mesié, y dijo que juainot?



Mesié Desmond lo invitó a sentarse delante de una mesa circular mientras él hacía lo propio, es decir, lo mismo, y ponía frente a sí una libreta y un lápiz. Luego, puso sus manos sobre la madera, cerró sus oclayos y respiró como si el aire del cuarto se le fuera a acabar. Como dicen los entendidos, se puso en trance, que es como poner ojos de borrego a medio morir y desentenderse de los asuntos de esta tierra tan llena de gentes para escuchar los susurros de las almas en pena —seguro deben sufrir como para arrastrarse de su mundo para soltar la sinhueso y sincarne—. Luego de un rato de silencio, agarró la libreta y comenzó a escribir a las volandas, más rápido que Quiereltaco cuando se despacha unas tortillas remojadas en caldo de frijoles que, de vez en cuando, le regalaba doña Cuquita para que este personaje querido de Los Lamentos despegara un poco el pellejo de los huesos.

Luego de que terminó de escribir, mesié Desmond volvió a un estado de quietud, como las noches de Los Lamentos cuando no hay coyotes, y fue despertando poco a poco, si se nos permite esta expresión porque nunca estuvo dormido del todo. El caso es que leyó a Pachoncho lo que el espíritu con el que se puso en contacto le dictó, que más o menos decía algo así como: “Querido Francisco; tocayo mío, con alegría vengo a tu llamado, pues el espiritismo es bálsamo de heridas morales, tónico verdaderamente poderoso y no el que vendía el chino Ching en tu tierra. Las almas desalentadas de Los Lamentos sufren la anemia de la moral provocada por el cáncer de las drogas”.

Luego le reveló que era posible aliviar al pueblo pobre de Los Lamentos: atorarle al camello y ganarse la tortilla con el sudor de su frente. Pero no como lo estaban haciendo, que por cierto estaba muy mal hecho porque los lamentoenses tragaban viruta en vez de pastura. Es decir, no había que dormirse en los laureles, entendió Pachoncho, la cosa era cómo. “Hermanito, sé fuerte, no vayas a comprometer tu



misión y hasta la mía. Piensa con frecuencia sobre la inmensa responsabilidad que pesa sobre ti. ¿Que serás tan cobarde que sucumbas? ¿Que será posible que viendo con tanta claridad el camino del deber, te salgas de él y vayas a comprometer el éxito de tu misión andando por precipicios? No te doy, te pongo donde hay. Así, vuelve a tu pueblo, pero pasa primero por El Paso, que allí terminarás por comprenderlo todo. Francisco I. Madero”.

Pachoncho pensó que la palabra de su tocayo era como escribir en el agua, pero tenía que atorarle, no había de otra sopa, no tanto por dársele de héroe redentor de Los Lamentos sino porque ya quería ver a su sacrosanta madre, doña Cuquita. Le extrañó que el prócer que murió asesinado en 1913, le pidiera que en su camino hacia Los Lamentos hiciera una escala técnica en El Paso, y sobre todo sin despepitarse las razones, así que se sintió como Quiereltaco cuando lo espulgaba algún alma caritativa.

Al volver a la casa de la ma’am Melody se le escurrieron las de san Pedro cuando le contó todo lo que había pasado en la casa de mesié Desmond, por lo que, con el corazón apachurrado, se jaló a su cuarto —la ma’am lo había alojado desde que comenzaron las sesiones hipnóticas— y comenzó a preparar su itacate. Doña Melody, que ya le había agarrado cariño del bueno al jovencito, no tuvo más remedio que apechugar y dejarlo marchar.

Pachoncho estaba preparando su bastimento, consistente en un par de trapos y unas latas de sardina para el camino, cuando llamaron a la puerta de la doña Melody. Era el Robert, que si fuera perro se llamaría



Quiereltaco, porque estaba todo dado al catre. Además de andrajoso y de estar casi en los huesos, tenía chicas ojeras que lo hacían parecer racún, que es un animalito que poco conocemos en el norte de México, pero sí en los Yunaites y que tiene tamañas manchas negras alrededor de los oclayos, de ahí la comparación.

A la ma’am Melody casi se le escurre el alma por cualquiera de sus conductos, fueran públicos o privados, por tremenda aparición. Había pasado ya un titipuchal de tiempo desde que su hijo, el güero pecoso, se había desempacado a El Chaparral, Texas, por última vez. Lo cierto era que no fue por gusto que se devolvió, ni porque echaba de menos el pipirín de su sacrosanta madre, que en este lado del mundo llaman lonch o *dinner*, según la hora del día. En todo caso, fue porque quería esconderse de los gendarmes gringos, que hace algún tiempo entraron a uno de los fumaderos que tenía su patrona, doña Nacha, en sociedad con el chino Ching, que logró pelarse por la puerta trasera cuando comenzó la redada. Ya no supo si su patrona corrió con la misma suerte, pero para el caso era lo mismo porque no se quedó para veriguárselas, pues la doña desconfiaba hasta de su propia sombra. Cuando había platicado con ella sobre el resquemor de don Pancho y sus deseos de devolverse a sus patrios lares, la doña puso cara de que algo no olía nada bien y le soltó a bocajarro que a la mera ya habían hecho bisnes y el don se iría a cultivar mariguana a Los Lamentos, patrocinado por el Robert.

Al día siguiente Pachoncho y la señora–doña–ma’am Melody se dieron un largo abrazo, acompañado de un moco tendido por parte de ambos. El Robert, que presenció la escena con cierta indiferencia, preguntó por preguntar al chihuahuense que a dónde redoblaría sus pasos, a lo que él le dijo muy respetuosamente que a Los Lamentos, pero que tenía que hacer una escala técnica en El Paso, sin revelarles sus



razones, que para el caso era lo mismo, porque ni él mismo sabía. Sólo le dijo que iba a repostar pa' aguantar el largo trecho de Ciudad Juárez al terruño que escuchó por primera vez sus berridos.

El Robert ya había notado que su sacrosanta madre le tenía buena ley al mexicano, y este narrador jamás entenderá por qué razones de repente al gringo pecosó y güero se le juyó lo mezquino y digamos que tuvo la caridad providencial de darle un norte fundamental. Le dijo que tuviera cuidado porque los gendarmes gringos andaban a la caza, particularmente de lamentoenses, pues gracias a un soplón supo que la Nacha puso sus barbas a remojar y no fuera siendo que hubiera otros paisanos tratando de mosquearle el negocio poniendo el suyo propio.

Pachoncho le preguntó que si conocía a algún lamentoense, pues eso sí que resultaba una novedad, ya que de por sí en los patrios lares había un puñado de lamentoenses, cuantiménos en los Yunaites. “Conozcou uno, Panchitou”.





El Paso, 4

Como seguramente recordará el lector, al que consideramos ya nuestro cuatacho, don Pancho, el papá de nuestro célebre Pachoncho, fue aprehendido sin deberla ni temerla debido a que los chotas gringos hicieron una redada al fumadero del chino Ching cuando los huesos de nuestro paisano, con todo y pellejo, se encontraban al interior del local. Los cuicos comenzaron a aprehender a todo mundo, empezando con los que estaban papando moscas, que es el caso de nuestro coprotagonista, y terminando con los viciosos que estaban en otro mundo, absortos por la mugre que consumían.

Medio atontado por los garrotazos propinados, don Pancho fue arrojado al interior de una celda mugrosa, aromatizada con las pestilencias de los briagadales, que hizo que nuestro compa casi vaciara su estómago, que en honor a la verdad no tenía en las tripas sino unas galletas de soda y un par de rebanadas de pan de caja, que son como bolillos pero casi aplanados y cuadrados.

Los verdaderos culpables, es decir doña Nacha y el chino Ching, tomaron las de Villadiego, así como el Robert, que como supimos en el episodio anterior, se devolvió a la casa de su sacrosanta madre, doña Melody, quien tenía su cantón en El Chaparral, porque como dicen los lamentoenses, mejor aquí corrió que aquí murió. Habrá que decir sin embargo al lector que el Robert anduvo algún tiempo a salto de mata antes de apersonarse en casa de su señora madre, cuando sintió que su pellejo, con todo y huesos, ya no corría peligro.



Al día siguiente, después de que un gendarme gringo le quitara la cáscara al palo —o para decirlo más piadosamente, le diera un baño, que buena falta le hacía—, don Pancho fue llevado ante el yodch, que es un señor que tiene la autoridad para decir quién se queda en la sombra o es despachado a recibir la cobija de los pobres, que es el astro rey, algo así como lo que hace don Epigmenio, el presidente municipal de Los Lamentos, que salvo a Quiereltaco, juzga los actos de los lamentoenses y les impone una sanción dependiendo de lo que hubieran hecho, conforme reza el dicho: según el sapo es la pedrada.

En vista de que don Pancho no entendió nada de lo que le preguntó, el yodch hizo llamar a un intérprete, quien trasladó a la lengua gringa que se llamaba Francisco, natural de Los Lamentos, Chihuahua, que no sabía leer ni escribir y que no traía con qué pagar la fianza. Con lágrimas en los ojos, don Pancho suplicó al yodch que le señalara la puerta y que le permitiera pintarse de colores, pues de eso pedía su limosna, ya que a nadie había hecho daño y nunca había tenido que ver con la autoridad. El hombre de ley pareció convencido. Le echó un vistazo a unas fojas que seguramente confirmaban que todo había sido una triste casualidad y antes de ordenar que se largara con todo y chivas le preguntó sobre su camello en los Yunaites y, como ya habíamos dicho en un episodio anterior, don Pancho no tenía mucha sesera, válgase tal expresión, pero por lo menos el sentido común le decía que tenía que decir la verdad, no fuera siendo que el chirrión se le volteara por el palito, así que tras despepitar que servía para doña Nacha Jasso, viuda de El Pablote González, el yodch le dijo que de esa agua ya no bebería —la de la calle, entienda el lector— y ordenó su reclusión ya no en las mazmorras de la comisaría sino en la prisión estatal. Tres años por ser cómplice de una evadida de la justicia.



El papá de nuestro protagonista, entre pénsulas y pénsulas daba al diablo la venida a los Yunaites. Chicos se le hacían los días para terminar de lamentarse, pero inmensos como el hambre de Quiereltaco cuando recordaba a su prole, a la que echaba de menos un titipuchal, y es que, como decimos en Los Lamentos, se añora más lo que no se tiene. Así que tuvo que hacer de tripas corazón y aguantar vara con la sentencia. No le quedaba sino contar los días para que un buen día le dijeran que hasta aquí llegaba, que podía pintarse para su rancho.

Lo bueno de lo malo, si se nos permite esta expresión, era que tenía salud, además de que por primera vez en su vida pudo comer tres veces al día, así que era peor chile cerca y agua lejos. Además, en la prisión de El Paso se deslustró un poco su burricie, pues aprendió a leer y a escribir, además de hacer cuentas, inclusive a hablar decorosamente la lengua gringa.

Así como dicen que el carbón puede convertirse en diamante, que es una piedra muy lustrosa y transparente, según los leídos y esrebidos, así don Pancho, que si bien no logró que la de pensar brillara como el astro rey, por lo menos se defendía decorosamente, a tal punto que pidió una nueva audiencia ante el yodch que llevaba su caso, pues también habrá que decir que se puso a estudiar las leyes gringas.

Pero dejemos un momento a don Pancho, que de todas maneras no va a salir de la chirona, y vayamos con nuestro protagonista, que de seguro ya llegó a El Paso. Efectivamente, después de atorarle a la caminada unos buenos días, nuestro paisa llegó a la primera ciudad gringa del sur sin saber qué hacer, sinceramente. Su patrona, la ma'am Melody, tuvo la caridad de añadir al itacate del muchacho unas galletas de soda y una Coca-Cola, que ya se había despachado Pachoncho, por lo que las tripas ya comenzaban a rugir de nuevo. Estaba a punto de arrojar el casco de vidrio de la Coca-Cola a un basurero, pues habrá



que decir que esa ciudad había llegado a un grado de civilización envidiable, cuando se acordó de Ariché. Esculcó en sus bolsillos y descubrió que tenía un par de dólares, los suficientes para comprarse unos veinte jatdogs, pero con uno se conformaba, y una Coca-Cola.

Preguntó a un elpaseño dónde podría comprarse el bocadillo que, según el esposo de la india tarahumara, Ariché, era deliciosísimo y le dijo que caminara unas cuantas escuads por la misma estrit y llegaría a su destino. Adonde viera a muchas gentes apeñuscadas, ahí mero sería. Pues bien, nuestro querido Pachoncho, después de impulsar un poco más sus pedales, de por sí agüitados de tanta faena impuesta, llegó al expendio de ese comestible tan popular en los Yunaites, y efectivamente una muchedumbre hacía cola para jambar. Hasta parecía que los regalaban.

Se formó y cuando terminó de contar la morralla suficiente, es decir, treinta y cinco centavos de panchólar, levantó la vista para calcular cuánto tardarían sus tripas en recibir peso, y grande fue su sorpresa cuando devisó a una joven muy parecida a Ariché, que acababa de recibir su itacate del lonche. A pesar de que las chicas ya se comían a las grandes, nuestro protagonista rompió fila y comenzó a seguirla a la distancia, un tanto para comprobar si efectivamente era su expatrona y otro para que no lo cachara.

Después de algunas estrits más, la joven detuvo su paso, miró a su alrededor como desconfiando hasta de las moscas que podían revolotear en torno suyo, y se introdujo en una casucha. Pachoncho cruzó la calle y se instaló en una contraesquina desde donde, según su sesera, no podría ser detectado. El lector deberá imaginar que a estas alturas los huesos de Pachoncho ya debían estar comiéndose entre ellos, y sí, le asiste la razón, pues hasta ganas le daban de comerse sus propias uñas, como cuando era un huerco, pero estoicamente aguantó



vara nuestro héroe, hasta que mucho rato después salió de nuevo la joven, que sí era Ariché.

Cruzó la esquina para meterse a un estanquillo y ahí estuvo un rato. Pachoncho no sabía qué hacer, pero la providencia lo iluminó porque cuando Ariché salió del negocio lo hizo cargando dos Coca-Colas, así que sin pensarlo más dijo esta boca es mía y le dio alcance antes de que llegara a la casucha.

—¡Pachoncho! ¿Qué haces? —exclamó más miedosa que sorprendida la joven india tarahumara—. No debes estar aquí. Por favor, vete, vete antes de que...

Pero nuestro prócer ya sabía lo que debía hacer. Le dijo a la joven que no entrara a la vivienda y que huyera, por su propio bien. A continuación pegó tremenda carrera en busca de un gendarme gringo, a quien le dio el pitazo de que a pocas cuadras estaba el malandro conocido como el chino Ching, que se había afanado en envenenar a los lamentoenses.

El chino Ching fue capturado mientras se esforzaba en la prosaica actividad de vaciar sus intestinos que antes de la llegada del representante de la ley se negaban a entregar al retrete su paquete. Así que el lector podrá imaginar que cuando el cuico le apuntó el fierro, su vientre encontró un alivio más que bien merecido. Atrás del gendarme estaba Pachoncho, más preocupado por saber si no había otra alma al interior de la casucha que de la triste suerte del oriental, cuya siguiente evacuación sería en la prisión estatal de Texas. Para su tranquilidad, no había rastros de la joven Ariché.

Una vez que el chino Ching fue esposado, Pachoncho creyó cumplida su misión, por lo que dijo al cuico que se pintaría de colores, pero el representante del orden público le respondió que nanay, que tendría que acompañarlo también a la comisaría, en calidad de testigo,



no de cómplice, desde luego. A nuestro paisano se le apachurró el corazón, porque quería buscar a Ariché, pero ni hablar mujer, traes puñal, como dicen los parnas de la capital, y se unió a la comitiva para llevar al chino Ching a la sombra.

Luego de comparecer, le dijeron a nuestro paisa que tenía que esperar unas semanas más, en lo que se organizaba un juicio, que era algo así como unas reuniones en las que el yodch escuchaba a todos los que habían tenido que ver con el asunto, ora los que defendían al chino Ching, ora los que lo acusaban de malandro. Así, una vez que todos pasaron al frente a soltar la sinhueso, les dijo a doce gentes del pueblo, que fungían como jurado, que le echaran sesera para examinar los testimonios y dijeran si sí o si no el chino Ching se quedaría en el frescobote. Ya luego él, el yodch, decidiría cuánto tiempo pasaría en la sombra, en caso de ser encontrado culpable, cosa que en fin de cuentas así sucedió, para evitarle el suspenso a nuestro cuatacho lector.

Nuestro protagonista tenía la esperanza de que Ariché se apersonara en el juicio, así que aun cuando no era día de dar su testimonio, de todas maneras iba todos los días a la sala que los gringos llaman corte, por si la joven india tarahumara se decidía a soltar la sopa, a favor o en contra de su consorte. Infortunadamente eso no sucedió. Le quedó el consuelo de que Ariché seguramente estaba en un lugar seguro y ultimadamente era mejor no dar la cara, no fuera siendo la de malas que también la enjaularan por ser esposa del malaveriguado chino Ching.

El oriental fue condenado a seis años de frescobote y no hay que informar al lector por qué delito, pues es de sobra conocido. Ahora sí, cuando creyó que su labor ciudadana había acabado por fin, Pachoncho fue llamado a una oficina. Allí, una gringa le dijo que pasara a una ventanilla, pues el estado libre y soberano de Texas, que ahora pertenece



a los Yunaites, pero que antes era de nuestros ancestros, le entregaría una recompensa, consistente en unos dolarucos, por su servicio ciudadano. Nuestro querido Pachoncho se quedó con cara de cuestionmarc. Quiso preguntarle a la funcionaria las razones por las cuales el gobierno gringo sería tan espléndido, sobre todo tomando en cuenta los usos y costumbres de Los Lamentos, pues cuando un lamentoense comete una sinvergüenzada y otro lamentoense informa a don Epigmenio, el presidente municipal, de esa presunta felonía, la única recompensa es una palmada en la espalda, así que el lector podrá imaginarse el desconcierto de nuestro paisano, que a pesar de tener ya un tiempito arrimado en el vecino país del norte, desconocía muchas cosas de su estilo de vida.

Pero decíamos que quiso preguntar nuestro protagonista a la funcionaria sobre el moni cuando, sin esperárselo desde luego, su vista se topó con un tambache de fojas de otros casos que se llevaban en la corte. Quiso el destino que encima del montón de papeles estuviera el expediente de don Pancho, que recién había solicitado una nueva audiencia, como oportunamente informamos en el episodio anterior, así que podemos imaginarnos que el asunto estaba a punto de ser desahogado.

A pesar de ello, nuestro cuatacho, el querido Pachoncho, no quiso quedarse con las ganas y preguntó sobre la situación del ciudadano mexicano, recluso desde hacía un buen tiempo en la prisión estatal de Texas. De manera cortés, le respondieron que qué le importaba y que no anduviera de metiche, pero una vez que dijo que era el hijo del recluso la cosa cambió, y como prácticamente era el héroe del momento por haber impedido que el opio se propagara en El Paso como la sarna en la perrunidad del querido lamentoense Quiereltaco terminaron los oficiales por doblar las manitas y decirle que con una módica fianza,



porque don Pancho ya había cumplido buena parte de su sentencia, podía llevárselo con todo y chivas. Pachoncho preguntó cuánto le darían de recompensa y cuánto costaba la libertad de su sacrosanto padre.





El Olvido

Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. Francisco Concepción tercero, porque el primero es Pachoncho, prócer de El Olvido.

Dicen que hace muchos, muchísimos años, cuando el mundo fue formado por capricho de los dioses que ya se habían aburrido con lo que tenían, El Olvido —que en ese entonces no se llamaba así— estaba habitado por indios tarahumaras gobernados por un cacique llamado Candameña, cuya hija, Basaseachic, ya estaba en edad de merecer. Dicen que la joven era bella como una tarde refrescante, delgada como un junco, morena como el barro y el cabello fluido como el agua. Pues bien, por éstas y otras razones, Basaseachic tenía tantos pretendientes como estrellas tiene el cielo nocturno. Pero para mala fortuna, su padre Candameña era más celoso que el legendario perro Quiereltaco con el hueso de vaca que de vez en cuando le aventaba Jaime, el carnicero, para que distrajera a las tripas, así que cada vez que la joven recibía la visita de un probable esposo, el cacique mandaba llamar al brujo de la tribu para que convirtiera al joven en un animal. Así le pasó a Carichi, el de las filigranas en la cara, que fue convertido en cerdo; así también a Areponápuchi, el de los Verdes Valles, que pasó a formar parte de la comunidad de los gallos; misma suerte corrió Tónachi, el Señor de las Cimas, que fue reducido a liendre, y Pamachi, el del Más Allá de las Barrancas, fue convertido en perro. Doña Tremendina, la difunta



mamá del difunto presidente municipal, don Epigmenio, juraba y perjuraba que este último era ni más ni menos que Quiereltaco, pero las gentes de Los Lamentos no le dieron bola a los dichos de la bruja respecto a la leyenda que, por cierto, remata así: “desesperada la bella Basaseachic, un tanto por los celos de su padre y otro tanto por los deseos de saber lo que se sentía ser mujer, se arrojó a una barranca. Compungido, el cacique mandó llamar de nuevo al brujo de la tribu para que volviera a la vida a su hija, pero las artes hechiceras del viejo no llegaban a tanto, así que Candameña tuvo que conformarse con ver convertida el cuerpo de su hija en una bella cascada que nació justamente de la barranca donde se había arrojado”.

Hay ciertas poblaciones que por su asiento, construcciones o estilo de vida despiertan el interés no sólo de propios sino de extraños. No es el caso de El Olvido, hay que reconocerlo. Nuestro pueblo no está al cobijo de elevaciones montañosas, ni coronado por un cielo azul despejado, ni surcado por inmensos ríos, ni invita a la contemplación monástica. El paisaje de El Olvido que se ofrece a la vista no nos recuerda a los lienzos de ningún pintor, porque ningún pintor se ha interesado por venir. ¡Y qué bueno, amigos!

Dice el licenciado Ramiro, el nieto de nuestra entrañable profesora Malu, que en gloria ya esté, que los pintores se ocupan de paisajes más bondadosos a la vista. Él, que es el único olvideño que ha viajado a la capital —yo no cuento porque nací en El Chaparral, Texas, aunque me considero olvideño de corazón por mi abuelo, ya saben—, dice que hay un pintor que se llama José María Velasco y que pintó los volcanes del Valle de México, que alojan nieve en vez de fuego crepitante.

Qué bueno que en El Olvido no tengamos bosques de encinos ni oyameles acariciados por brisas templadas y frías, y en ocasiones



recortados por calveros, ni que fomente un estado tal de tranquilidad que pareciera que el tiempo se ha detenido.

Qué mejor que no gocemos de amarillos pastizales invernales cubiertos por el níveo rocío matutino y renovados por prados verdes en tiempos de estío, que cobran justamente su color por las incesantes y torrenciales lluvias de la época. Una verdadera landa que ignoramos.

En El Olvido no se yerguen edificios. No lo domina ninguna muralla sino nuestros promontorios desérticos. Nuestras calles no contrastan como la luciérnaga y la obscuridad. Podemos apreciar, eso sí, tanto caminos toscos y empedrados de guijarros —como nuestra calle principal— cuanto terrosos, en el caso de la vía que abraza los Portales que hoy nos son característicos.

En Los Lamentos, a unos kilómetros de aquí, por fortuna para nosotros, ya no hay más molibdeno ni vanadio que rascar. Bendito sea Dios. Para el mundo, somos ya un pueblo fantasma. Que así siga siendo.

En estos montes desérticos están las huellas de la historia de El Olvido, pues rodean a nuestras casitas de adobe en las que aún pueden apreciarse ristas de paja en sus ladrillos. Pero, más paupérrimas que pobres, nuestras casitas resisten el peso de los años. Citando a Balzac —no lo he leído, pero el licenciado Ramiro sí, quien me ayudó a escribir este discurso—, no se puede pasar por delante de aquellas casas sin admiración, particularmente la del prócer a quien le rendimos homenaje hoy.

El mundo se está desbaratando, paisanos. No quiero desatarme en habladas, pero tampoco quiero que me oigan como quien oye llover y no se moja. Desde que nuestro prócer era un huerco, comenzó la descomposición de nuestros patrios lares, hace ya muchos años, cuando gobernaba el Tata Cárdenas. Todos conocemos la historia del chino Ching y la Nacha, que por fortuna ya no contaminan los cuerpos de



nuestros parnas. Pero han salido más maleveriguados que quieren envenenar a los gringos y de paso a nosotros.

No lo permitiremos, conciudadanos exlamenteoenses. Hoy me permito mentarlos así porque es la última vez. La estatua de nuestro héroe, que hoy descubrimos, nos recordará que hemos renunciado al mundo y a lamentarnos de nuestra suerte. Conocemos el sonido del desierto. Los malvados, no. No más invasores dispuestos a destruir y matar. No más agravios.

Hoy nuestro pueblo es El Olvido, y hemos decidido que ningún forastero se atreva a acercarse. Nos hemos organizado para tener aquí todo lo que precisamos, sin necesidad de salir al exterior.

¿Se acuerdan cuando comenzaron a torcerse las cosas? Los pelados fueron primero bien recibidos cuando le dieron en la torre al negocio del chino Ching, que de por sí ya se había pelado y dejó la luz prendida. Dizque se presentaron como garantía de orden y seguridad en nuestro pueblo y en los caminos. Éramos tan zonzos como para darnos cuenta de que nos estaban ensartando como liebre en vara y que nos querían como piscadores de sus porquerías y mulas para llevarlas al gabacho. Eran un estorbo que había que mover cuanto antes.

Así estuvimos algún tiempo hasta que regresaron Pachoncho y su padre, desempacados de los Estados Unidos. Habían pasado las de Caín, como bien ustedes ya saben, por el libro que hoy estamos también presentando, escrito a varias manos. Primero, por el hijo de Pachoncho, mi padre, y luego por mí y con la caritativa asistencia de mi abuela Ariché, que aunque ya no se cocía al primer hervor, tenía su sesera muy lúcida, y otros memorables exlamenteoenses, como Patricio y mi bisabuela Cuquita, que recién entregó su alma al creador.

Infelizmente, mi padre ya no pudo decirnos qué fue lo que pasó cuando mi abuelo y su padre decidieron devolverse a sus patrios



lares, pero por fortuna a mi abuela, la india tarahumara Ariché, le alcanzó el aliento para decirme que después de que mi abuelo le advirtió que llamaría a la policía para que prendiera al malandro del chino Ching, que por fortuna no es mi abuelo, se peló al sur, a la frontera con México, pero en el camino se topó con el padre Melo, que había sido llamado a comparecer en calidad de testigo por las baladronadas del oriental. El cura, que después de todo también es pariente mío, le dijo piadosamente que se borrara del mapa, pero la sangre caliente de mi abuela le susurró que nanay, que de esa agua no bebería, y que se devolvería a Los Lamentos, pues confiaba en que la ley divina colocaría a cada quien en su sitio.

Pues bien, amigos y amigas, mi abuela se acercó a Los Lamentos, pero sin tomar posesión de su casa, así que pasó muchos días con sus noches alimentándose de la carne de las culebras y bebiendo el rocío depositado en los cactus del desierto, lo cual es digno de admiración. En una de éstas encontró los restos del brebaje que había regalado a Pachoncho y luego del olisquear el entorno, es decir, restos del líquido —sí, suele durar mucho tiempo—, comprendió cuál debía ser su sino, o en palabras más coloquiales, su destino.

Estaba ovillada como oruga anhelante en ser convertida en mariposa cuando nuestro prócer y su padre la encontraron camino a Los Lamentos. Ariché tuvo la intención de abrazarlo y colmarlo de besos, pero se encontró con un rostro diferente. Se lo veía, además de adusto, con una determinación inusitada. Parece ser que su padre, don Pancho, fue una influencia decisiva para la transformación de nuestro héroe. No lo sabremos nunca porque mi abuela se rehusó a darme más detalles.

Lo que importa para el caso es que los tres llegaron a Los Lamentos cargados, además de ilusiones, con un tambache de ideas que



transformaron a la postre nuestra comunidad. Para empezar, encaró a su tío, el padre Melo, a quien le despepitó todo lo que el pastor Gregory le había dicho. Nuestro cura lamentoense puso cara de guat —perdón si sigo instalado en suelo gringo— y tuvo la intentona de excomulgar a Pachoncho, pero también percibió que la mirada de su sobrino había cambiado drásticamente.

El joven, aunque trató a su tío como Sibarita, fue firme para evitar más chanchullos religiosos. De entrada, le prohibió juzgar a Ariché por sus defectos, pues como decían justamente las Santas Escrituras, el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra. Asimismo, le recordó lo venenoso que es soltar la sinhueso, que es la lengua, e inclusive que sus efectos son más demoledores que el mismísimo opio, pues hay que recordar lo que su mente cochambrosa pensó con respecto a la tierna e inocente profesora Malu, a quien la movía su vocación y no pensamientos malsanos con relación a Pachoncho.

Por otro lado, resultaba importante disciplinar a la sociedad lamentoense y, sin pelos en la lengua, dijo a todas las gentes del pueblo, a las que reunió en la plaza pública, que debían ser reeducadas. Quiereltaco, que allí andaba de chismoso, se acercó al prócer, quien lo cargó delicadamente para decir: “Es como con los perros, pues si uno los entrena de manera adecuada desde cachorros, sabrán que tienen que salir afuera a hacer pipí y vaciar sus tripas, sin necesidad de darles palos para educarlos. Ustedes son perros adultos que orinan deliberadamente en las calles, pero si Quiereltaco puede, y además lo demostraré, ustedes también podrán cambiar”.

Por lo pronto, ordenó que las gentes dejaran de atribunarse de platos de tripas, lo que quiere decir, para ilustración de nuestros lectores, que dejaran de atarraganse, de empacarse o de llenarse de emociones malsanas, pero para ello habría que poner un freno a los malandros y



malaveriguados que le habían echado el ojo a Los Lamentos para sus felonías. Por fortuna, la mina que había sido el origen de la fundación del pueblo ya estaba más muerta que el hambre de Quiereltaco, pues Pachoncho lo adoptó como símbolo de renacimiento y lo renombró como Comparteltaco, así que nada los retenía en ese lugar del inhóspito desierto chihuahuense.

Mi abuela Ariché, que conocía los patrios lares como la palma de su mano, propuso que el pueblo se desplazara unos kilómetros al ... para fundar un nuevo pueblo, que ofrecía mayores y mejores condiciones de vida, pues cerca corría un río, había trechos planos, perfectos para la siembra, una hondonada para construir una presa y sobre todo estaba fortificada de manera natural por la sierra. Los naturales de Los Lamentos, habrá que decirlo sin pudor, desde luego que no estaban de acuerdo con esa idea que a todas luces lucía disparatada, pues no querían abandonar lo que tras años de mucho camellar habían construido, ora las casitas, ora los minúsculos cultivos, ora los recuerdos. Sin embargo, Pachoncho fue claro: duele más el cuero que la camisa, así que no había de otra sopa. Después de todo, tenían vida, salud, y sobre todo, el imperio de una nueva ley. También habré de decir, queridos olvideños, que la Iglesia y el Estado están perfectamente separados, y nos gobernamos, sí, conforme a las leyes de López Portillo, pero lo que le falta a la constitución mexicana, nosotros lo llenamos.

Que Dios guarde en su gloria eterna a Pachoncho, que dio su vida para atrapar a la taimada de doña Nacha, que anduvo algún tiempo a salto de mata y, de buenas a primeras, se le metió a la cabeza que Los Lamentos sería su siguiente sitio de operaciones. Este pueblo jamás olvidará su sacrificio, en aras de darle a El Olvido su gloria. Hoy, sus restos descansan muellamente y nos está haciendo canchita hasta que llegue nuestro turno.



Afortunadamente pescamos la hebra gracias al prócer. Así que a darle, que es mole de olla, queridos olvideños. La persecución no cesa, pero la verdad prevalece.

Índice

Advertencia precisa al lector	9
Los Lamentos, 1	11
El Chaparral, 1	21
El Paso, 1	29
Los Lamentos, 2	37
El Chaparral, 2	45
El Paso, 2	53
Los Lamentos, 3	61
El Chaparral, 3	69
El Paso, 3	77
Los Lamentos, 4	85
El Chaparral, 4	95
El Paso, 4	105
El Olvido	115



Gustavo Guerrero (Toluca, México) es doctor en humanidades: estudios literarios por la Universidad Autónoma del Estado de México. Ha alternado su vocación entre la docencia, la investigación, el periodismo, el cuidado editorial y la creación literaria. Es autor de la novela *El lugar de la inmortalidad*, con la que obtuvo el primer lugar en el Concurso Nacional de Ópera Prima del Centro Toluqueño de Escritores, A. C. (1996). Ha ganado dos veces la beca del Fondo Especial para la Cultura y las Artes del Estado de México (Focaem) en las categorías Jóvenes Creadores (1997) y Creadores con Trayectoria (2010). Publicó los libros de cuentos *Abecé de lo esquizo* (FOEM, 2020) y *A nivel de cancha: relatos futboleros* (Kindle, 2021). Actualmente, es el editor responsable de las revistas académicas *Korpus 21* (El Colegio Mexiquense, A. C.) y *Revista ISCEEM. Reflexiones en torno a la educación* (ISCEEM).

Manuel Arturo Castrejón Rodríguez es un apasionado de la ilustración y de la tinta, crea seres imaginarios que existen en su realidad. Licenciado en diseño gráfico e ilustrador por amor a crear mundos que solo habitan en su mente y en su corazón. Ha laborado en la Universidad Autónoma del Estado de México y en diversos sectores del Gobierno del Estado de México. Actualmente, diseña e ilustra para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.



Del lamento al olvido

de Gustavo Guerrero, se terminó de editar en marzo de 2023, en Toluca de Lerdo, Estado de México. Para su formación se utilizó la familia tipográfica Leitura Sans, de Dino dos Santos, de la fundidora Leitura Type System. Concepto editorial: Hugo Ortíz e Irma Bastida Herrera. Formación y portada: Manuel Arturo Castrejón Rodríguez. Cuidado de la edición: Jimena Ramírez Olivares y el autor. Editor responsable: Alejandro Pérez Sáez.





FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO

COLECCIÓN LECTORES
NIÑOS Y JÓVENES
literatura juvenil



Gilles Deleuze sostenía que la salud como literatura, como escritura, consiste en inventar un pueblo que hace falta, así que en esta novela encontraremos no uno sino dos, Los Lamentos y El Olvido, cuyos pobladores los transitan entre medias verdades y realidad necesarias para sacarle la vuelta al martirio que significa estar sometido a la ignorancia, al estilo de vida estadounidense, a la mezcla de lenguas y al advenimiento del narcotráfico en Chihuahua. A casi cien años de tradición de la novela chicana, Gustavo Guerrero rinde homenaje a sus precursores al retomar de su aliento narrativo el proceso de identificación en la biculturalidad y la escritura llana, pero satírica. En el primer caso, para recobrar el pasado histórico transfronterizo y en el segundo para imponer un juego lingüístico intencionalmente coloquial no como recurso estilístico sino como manera de concebir al mundo. Así, no interesa la profundidad psicológica de sus personajes sino el bilingüismo y la picardía como vivaz retrato sociológico en voz de un falso narrador que se involucra a menudo en el plano de la historia para adelantarnos cómo los ofendidos pueden cobrarse las humillaciones para transformar su identidad.



 GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

**CONSEJO
EDITORIAL**
de la Administración Pública Estatal

EDOMÉX
DECISIONES FIRMES, RESULTADOS FUERTES.

